# BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

# FUERTE-ESPADA

# el aventurero.

*Drama en cinco actos, traducido del francés por* D. Juan Ruiz del Cerro, *para representarse en el teatro de Variedades el* 9 *de setiembre de* 1846.

Es propiedad del Edictor D. Vicente de Lalama, que vive calle del Duque de Alba, n. 13, quien perseguirá an-
te ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, con arreglo á las Reales Or-
des relativas á la propiedad de obras dramáticas.
Se hallará de venta en Madrid, en las librerias de *Perez*, *Jordan* y *Rios* calle de las Carretas; *Cuesta*, calle
Mayor, y *Viuda de Razola*, calle de la Concepcion, á 3 rs. las de un acto y á 4 las de dos ó mas actos.

| PERSONAGES. | ACTORES. |
|---|---|
| Jacobo Fuerte Espada, *capitan de Condotieros.* . . | *Sres. Alba.* |
| Ruiero. . . . . | *Areu.* |
| Miguel, *hijos de Lucrecia Landi.* . . . . . | *Gareia.* |
| Francisco de Battifoglio, *conde de Poppi.* . . . . . | *Serrano.* |
| Roberto, *obrero.* . . . . . | *Dehesa.* |
| Riagnol, *condotiero.* . . | *Ecija.* |
| Un Diputado. . . . . | *Ruiz.* |
| Carolina, *hija del conde.* . | *Sras. Rollo.* |
| Lucrecia Landi. . . . . | *Zafrané.* |
| Margarita. . . . . | *Morán.* |

*Condotieros, soldados, obreros.*

La accion pasa en Italia, 1445.

## ACTO PRIMERO.

Sala de armas de un palacio del siglo XV. En el fondo una puerta grande. Dos laterales. Armas de la época colgadas del muro.

### ESCENA PRIMERA.

El Conde de Poppi, *sentado en un sillon*; Carolina *sentada tambien sobre una banqueta, cerca de su padre, leyendo.*

Con. (*leyendo.*) *Asi la vida, entre el dolor y el llanto,*
*á su misera nada se derrumba,*
*y el hombre, entre congojas y quebranto,*
*se arrastra hasta los bordes de su tumba.*
(*cerrando el libro.*) Qué triste es esta poesia, padre mio!

Con. Triste como la realidad, hija mia! Ese terrible Dante, no ha inventado nada; no ha hecho mas que reproducir las acciones, los sentimientos de su época, y el sombrio cuadro trazado por su mano, es, sin embargo, no solamente la imágen de lo presente, sino tambien el espejo del porvenir. Un siglo se ha pasado y siempre combatido por las disensiones civiles ó las invasiones de los estrangeros; preso de incesantes vicisitudes, y cada dia temblando, entre la tirania de ayer y la rebelion de mañana; la cabeza llena de perfidias y las manos teñidas de sangre; la Italia es todavia la misma, solamente un poco mas amaestrada en el mal, por la esperiencia, y mas envilecida por la perfidia. (*levantándose.*) Qué tiempo y qué pais!.. Nada de fuerte, nada de justo, nada de noble: por todas partes la turbacion, la incertidumbre... La existencia de las cosas, y la vida de los hombres, se balancean al impulso del viento, sobre un suelo movedizo,.. y hasta el tiempo falta á las ruinas. No hay la virtud que ilustra, ni la ley que gobierna. Despues de un triunfo efimero, la gloria, hermana del crimen, permanece en el olvido, mientras que el poder es vasallo de la anarquia. El águila imperial no osa ya abrir á los aquilones de la tempestad, sus alas ventiladas

por la victoria, y el pontificado, arrastra de destierro en destierro, su tiara deshonrada. Despues de una lucha secular, esos dos gigantes, la Iglesia y el Imperio, vencidos el uno por el otro, han cedido el campo á una bandada de pequeños tiranos. La aventura es la reina de este pais y el acaso su Dios. Los Vizconti reinan en Milan por el derecho de la traicion. Sforza, un simple condotiero, hecho principe soberano, obliga al pontificado á que le nombre Gonfalonero de la Iglesia. Un simple aventurero, es quien gobierna la Florencia con su espada como si fuera un cetro, y quien me ha usurpado á mi, conde por la gracia de Dios, Rassina, Bibienna, Prato-Vecchio, Rómena, Poppi, el Cassentino y todos los estados poseidos, hace mas de cuatrocientos años por mi familia, mientras yo, me veo obligado à vivir aqui, fuera de mi condado, sin otros guardias que mis domèsticos asalariados.

Car. Padre mio, os suplico que olvideis semejantes pensamientos.

Con. Es imposible. El recuerdo de mi grandeza pasada está siempre fijo en mi memoria, y ni aun en este retiro me deja el recurso de la resignacion.

Car. En vez de levantar la vista hácia la altura de que hemos descendido. inclinèmosla al abismo donde podiamos haber caido, y no nos hallaremos tan infelices. Los soberanos desposeidos, al mismo tiempo que su poder, pierden muchas veces familia, riquezas, y hasta su misma existencia. Mas felices, nosotros hemos conservado, yo, un padre para protegerme, y vos, una hija para consolaros, y veneraros.

Con. Si yo sufro, hija mia, no es tanto por mi como por ti: si, por ti, cuyo porvenir me estremece! ¡Ah! Donde están los tiempos en que tu hermana mayor se adormecia en su cuna, bajo los pabellones de las colgaduras que pendian de su corona de soberana?

Car. Y qué importa, padre mio! Dios ha permitido que los pequeños se amen lo mismo que los grandes, y nosotros sabemos que la felicidad no se mide por el poder. No creeis que yo puedo ser amada por mis prendas personales?

Con. Tù eres hermosa y noble, y para no amarte, se necesitaria tener un corazon de piedra.

Car. Entonces seré feliz.

Con. Feliz!

Car. Sin duda: tener un padre que me bendiga, y un esposo que me ame. No es este el mas bello destino que puede soñar una muger?

Con. Una muger, si; una princesa, no. Empeñado con el pasado y frente á frente con el porvenir, debo à mis mayores cuenta de mis descendientes,.. y yo amo mejor mi raza estinguida que degenerada.

Car. De ese modo, víctima à la vez de las grandezas y los reveses de mi familia, debo renunciar à la felicidad!

Con. A no ser que la fortuna, un dia mas propicia, te ofrezca una alianza digna de ti y de mi.

Car. Pero, padre mio...

Con. Ni una palabra mas. Esposa de un principe ò de Dios. El trono ó el altar. Tal es mi voluntad.

Car. (*ap.*) Y su voluntad es inflexible. (*entra Jacobo.*)

Con Un estrangero! Retirate á tu cámara.

Car. Os obedezco, padre mio! (*ap.*) Por qué habrè nacido princesa! (*se retira por la derecha*)

## ESCENA II.

El Conde, Jacobo.

Jaco. Es á monseñor el conde de Poppi, à quien tengo el honor de hablar?

Con. Precisamente. Y vos, quién sois?

Jaco. Pregunta es esa, monseñor, que no sabria como resolverla si me la hiciera à mi mismo.

Con. Cómo os llamais?

Jaco. Jacobo Fuerte-Espada, para serviros.

Con. Y qué quereis?

Jaco. Prestaros un servicio, y demandaros un favor.

Con. Què servicio podeis prestarme?

Jaco. Si me lo permitis, os hablaré primero del favor que voy à pediros; soy muy amigo de proceder con órden.

Con. Sea como querais. De qué se trata?

Jaco. Deseo entrar al servicio de monseñor Annibal Bentiboglio, gobernador de Bolonia.

Coe. En qué clase?

Jaco. En mi clase de capitan; yo mando una compañia de condotieros.

Con. El principe Bentiboglio, no tiene necesidad de vuestros servicios.

Jaco. Perdonadme, monseñor: su escelencia no está en posicion de despreciar los servicios de nadie. Bolonia está, como vos sabeis, dividida en dos facciones rivales, y casi igualmente poderosas; la de los Bentiboglios, cuyo gefe es monseñor Annival, y la de los Canneschi que obedece á monseñor Battista. Monseñor Annibal se ha desposado con la prima de monseñor Battista, pero eso no importa nada, porque es ser pariente, no es una razon para ser amigos. Asi es, que monseñor Battista trata de ocupar la plaza de gobernador de Bolonia, que en el dia posee su primo Bentiboglio. Ya sabeis, monseñor, que entre dos partidos, cuyas fuerzas están equilibradas, ningun apoyo debe rechazarse: porque tanto como eleva á el uno, hunde y hace perder terreno á el otro. Yo tengo bajo mi mando una compañia de cien hombres, bien armados y aguerridos, sin patria y sin fè: no pudiendo permanecer sin empleo, si no me admite á su servicio el principe Bentiboglio, me reuniré al bando de los Canneschi, y ya sabeis cuan temible seria para aquel que reforzára el partido de sus enemigos, una compañia como la mia, mandada por un hombre como yo.

Con. El principe Bentiboglio no tiene nada que temer, rodeado como lo está por sus soldados que le adoran.

Jaco. Esa adoracion, os parecia como à mi, algo problemàtica, si supierais, como yo, que ayer mismo, sin ir mas lejos, el principe ha despedido de su servicio á un capitan, con la compañia que mandaba, por estàr vendidos á sus enemigos mortales los Canneschi. Vos sois

el amigo y el consegero del principe Bentiboglio, y si quisiérais servirnos de intermediario, nos prestariais un servicio inmenso. El príncipe se haria con un buen servidor, y yo ganaria una magnifica plaza.

CON. Y por qué he de empeñarme en favor vuestro? Qué derecho teneis á esta proteccion que me demandais?

JACO. El servicio que voy á prestaros, y del que en este instante os voy á hablar.

CON. Os escucho.

JACO. No teniendo nada que hacer, me he dedicado, de algunos dias à esta parte, à recorrer de noche las calles de Bolonia. La noche es la hora de los secretos, y los secretos son el tesoro, la fortuna de las gentes que no tienen otra cosa. Yo busco siempre, y encuentro algunas veces.

CON. Pero estas noches habeis hallado?

JACO. Un secreto.

CON. Cómo!

JACO. He visto á un hombre que escalaba un balcon, cuyas hojas se le abrian voluntariamente.

CON. En dónde?

JACO. (*señalando á la derecha.*) Aqui.

CON. En la cámara?

JACO. Que habita vuestra hija.

CON. Mentis!

JACO. Como gusteis.

CON. Habeis pensado bien lo que ibais á hacer, antes de venir à acusar á una hija delante de su padre? Habeis pensado cuan terrible es el arrojar una mancha sobre el honor de una familia noble?

JACO. Monseñor, yo pienso siempre en todo.

CON. Entonces, sois un infame.

JACO. Prestad un servicio diciendo la verdad! Ve aqui la recompensa. Servidor vuestro, monseñor. (*se aleja.*)

CON. A qué hora presenciasteis...

JACO. A las once.

CON. Eso no es posible.

JACO. Eso es lo que me decia yo al verlo.

CON. Quién abrió el balcon?

JACO. Una muger.

CON. La reconocisteis?

JACO. No, monseñor,

CON. No seria mi hija, estoy seguro.

JACO. Quièn podia ser?

CON. Su doncella Margarita. Voy á convenceros...

JACO. De qué manera?

CON. Interrogàndola delante de vos.

JACO. Negará: las mugeres niegan siempre. Para disculparse, calumniará si es culpable, ó si es inocente dirà la verdad. De ambos modos todo recaerà únicamente sobre el honor de vuestra hija, que es el vuestro.

CON. Entonces, qué partido?..

JACO. Deshaceros de ese hombre. Cualquiera que sea su còmplice, èl debe ser igualmente criminal á vuestros ojos, por haber osado comprometer al lustre de vuestro blason; y semejantes insolencias, solamente se pagan con la muerte.

CON. La muerte?

JACO. Es el mejor, el único medio de terminar convenientemente este suceso. En cuanto à la muger, vos conocereis su falta en sus lágrimas, y os convencereis sin interrogatorios, sin comentarios y sin escàndalo.

CON. Pero una muerte sin pruebas... Eso es muy grave.

JACO. Bah! En esta ardiente y borrascosa Italia, ¿qué es una muerte? Un hombre de màs ó de menos... qué importa? Ademas de esto, vos no teneis nada que temer, pues si quereis, yo me encargaré de todo.

CON. Vos!

JACO. Sin duda. Ya os he ofrecido desde un principio, un cambio de favores: interesaos por mi, y yo me interesaré por vos.

CON. Y vos me guardareis el secreto?

JACO. Os lo juro. Además, mi interés os responde de mi discrecion. Yo no podré obtener mi empleo, mas que obteniendo vuestra gracia, asi como no podria consérvar el uno sin la otra.

CON. Està bien; en este mismo momento voy al palacio del principe.

JACO. Podeis, con toda seguridad, responder de mi, monseñor. Por el modo con que velo por el honor de las familias, bien podeis conocer que soy hombre de conciencia.

CON. (*llamando.*) Ola! Tomaso. (*entran multitud de domésticos.*) Tomad vuestros broqueles y seguidme. (*toman losbroqueles del muro.*)

JACO. Monseñor, me permitireis que os aguarde aqui?

CON. Precisamente os lo iba á suplicar.

JACO. El cielo os guarde, monseñor. (*el conde sale.*) Ve. marcha, toca en el blanco à donde te dirijo, vergonzoso instrumento de mi voluntad. Trabaja, sin conocerlo, para la realizacion de mis terribles designios, sin que puedas, mas feliz ó mas diestro que otro mortal, sondear con tu vista la profundidad de mis pensamientos. Mi alma es un abismo, que yo tengo escondido tras de el impenetrable manto de la locura. Hasta que yo desgarre ese velo, ninguno sospechará lo que hay cubierto bajo de él. Pero, entonces, qué asombro, qué terror! Mas alguien llega... vuelve á tomar tu máscara, formidable bufon, y continua tu papel. Dos hermosos jòvenes; por quien soy que no estarian mal en mi compañia.

## ESCENA III.

JACOBO, RUGIERO, MICAEL.

JACO. Salud, caballeros. (*Rugiero se inclina sin responder.*)

MICA. Señor estrangero, Dios os guarde.

JACO. Puedo saber en qué me reconoceis por estrangero?

MICA. En vuestras maneras y en vuestros vestidos.

JACO. A mi me parecia, por el contrario, que yo debia pasar en todas partes por un hijo del pais. Gracias à la vida errante que llevo, hace ya mas de veinte años, he tomado un poco de las costumbres, de las modas, de las fisonomias de todas las naciones: y si tengo alguna pretension, es seguramente, la de ser conciudadano de todo el mundo.

MICA. Y hoy, estais al servicio del principe?

JACO. Puede ser. Y vos, hermosos jóvenes, sois militares?

MICA. Por desgracia, no.

JACO. Me asombrais. Con esa gentileza marcial, y esas miradas de fuego, como puede hacerse otra cosa que la guerra?

MICA. Se hace lo que se puede, no lo que se quiere.

JACO. Os bastaria querer. Yo conozco algunos capitanes... al capitan Fuerte-Espada por ejemplo, que se daria por muy satisfecho con tener en su compañia dos jóvenes como vosotros.

MICA. Conoceis al capitan Fuerte-Espada?

JACO. Soy yo.

MICA. No quiero adularos; pero vuestro nombre es célebre entre todos los capitanes de condotieros.

JACO. Una vez que mi nombre os es conocido, creedme, seguid mi bandera. No hay en el mundo un estado mas descansado y brillante que el de condotiero. El condotiero, mis queridos amigos, es el hombre por escelencia. No obedece mas que á su capitan, y manda á todos los demas hombres. No conociendo mas leyes que las de su bienestar, lleva su fortuna en la vaina de su espada. Sus dominios, no tienen otros límites que los del horizonte: la Italia entera le pertenece. El perfume de las flores, el oro de los poderosos, la belleza de las jóvenes, la alegria y la embriaguez de los vinos generosos... todo es suyo, porque todo puede tomarlo. *Lidiar*, *vencer*, *gozar*; he aqui, en tres palabras, toda su existencia. No hablo de los favorecidos por la suerte, de los que adquieren una corona en el afortunado juego de las batallas, como Sforza, Visconti, y algunos otros. Os hablo de simples aventureros, de pobres capitanes, como yo, que atravesamos noblemente el camino del mundo, sin pisar sobre los despojos de nadie.

MICA. Qué dices hermano?

RUG. Yo, Micael, concibo que un hombre se haga soldado, pero no bandido.

JACO. A qué llamais soldado, y á qué llamais bandido?

RUG. El que pone su fé en Dios y su felicidad en la gloria; que sostiene al débil contra el fuerte, que se bate por defender al oprimido del opresor; que de su conciencia hace su bandera, y de su espada una mano de justicia; que marcha tranquilo á las batallas; que vive como un hèroe y muere como un martir... ese es un soldado. Pero el que busca su bien-estar en la destruccion de sus semejantes; el que vende su valor, como una mercancia vil; el que emprende, por el interés del oro, el oficio de asesino y mata á sus hermanos á un tanto por cabeza; el que hiere á su victima cuando está vencida y huye delante de su enemigo en la pelea; el que cae sobre los campos de batalla, atraido, no como el águila por la esperanza del combate, sino como el buitre por el olor de los cadáveres; el que come el pan de los huérfanos desvalidos y bebe las lágrimas de la viuda: ese es un infame bandido, que deshonra la guerra...

JACO. He aqui un enérgico discurso: pero, permitidme una pregunta. Cuál es vuestro oficio?

RUG. Mercader.

JACO. Entonces, seguid mi consejo; permaneced mercader; con vuestras ideas, hariais poca fortuna en la carrera militar.

RUG. No estoy dispuesto á seguir consejos de nadie, y de vos mucho menos que de cualquier otro.

JACO. Dos provocaciones... permitidme, sin embargo, que no acepte ninguna. Tengo bastante esperiencia, y prefiero ganar un amigo, á combatir á un desconocido. (*á Micael.*) Y vos, joven, me engaño yo, suponiendo que vos sabreis agradecer mi moderacion para con vuestro hermano?

MICA. Os juro que no, capitan: y si quereis... soy vuestro soldado.

JACO. En buen hora; estrechad mi mano, camarada. (*se dan las manos.*)

RUG. Què oigo! te haces condotiero?

MICA. Por qué no? Tú puedes, si te parece mejor, permanecer toda la vida fabricante de lana y colono del conde de Poppi; pero yo, me siento mas dispuesto á manejar la espada de soldado que el peine de cardador, prefiriendo la aventura á la servidumbre

RUG. Y nuestra madre? No piensas en la desesperacion que vas á causarla abandonándola?..

MICA. Nuestra madre! Tú permanecerás con ella!

RUG. Es cierto; pero...

MICA. Ninguno de nosotros dos tiene, segun creo, autoridad sobre el otro, y cada uno posee el derecho de vivir segun sus inclinaciones. Respeta mi libertad, como yo respeto la tuya. Capitan, si quereis seguirme, iremos á firmar mi enganche.

JACO. Con mucho gusto, y beberemos una botella de vino de Chipre, á la salud de vuestra fortuna. (*se retiran por la izquierda.*)

## ESCENA IV.

RUGIERO, *solo.*

De qué secreta pasion se halla poseido el corazon de mi hermano?... El deja conocer en sus palabras y hasta en sus miradas, cierta irritacion inquieta y feroz. Si yo conociera su mal... al menos podria consolarle. ¡O vanidad del corazon!... Pero yo, no sufro tanto como él?... No tengo yo tambien necesidad de alivios y de consuelos?... ¡ay! todos los frutos tienen un gusano que los devora, y todos los corazones un dolor que los asesina!

## ESCENA V.

RUGIERO, CAROLINA.

CAR. Rugiero, me han dicho que me buscais...

RUG. Dispensadme, señorita, el haberme tomado la libertad de solicitar esta entrevista: pero hoy estamos á fin de mes, y ya sabeis que en este dia presentamos al señor conde, vuestro padre, las cuentas de la fábrica que ha confiado á nuestra direccion. Como el señor conde no se halla en este momento aqui, he creido que vos tendriais la bondad de recibir mis cuentas... (*la entrega unos papeles.*)

CAR. Tengo en ello un placer: despues se las

entregaré á mi padre. Y vuestra madre?

RUG. Perfectamente buena, y siempre pensando en vos.

CAR. Gracias.

RUG. Yo soy quien debe dároslas por el honor que nos haceis acordandoos de mi madre.

CAR. No es mas que un reconocimiento que la debo por las inmensas pruebas de cariño que me ha dado. Cuando mi padre viaja, ¿no es á ella á quien me confia, como á una madre? No me ha cuidado y me dispensa el mismo cariño, el mismo amor que si fuera su hija? Decidme, Rugiero, qué puedo yo hacer por vuestra madre? Qué presente la será mas agradable?

RUG. Ninguno lo seria tanto, como vuestras cariñosas palabras.

CAR. Pero no tiene necesidad de nada?

RUG. De nada; Dios bendice nuestros trabajos.

CAR. Segun eso, es feliz?

RUG. Todas las noches, cuando nos abraza, asi nos lo dice.

CAR. Rugiero, por vuestras palabras se conoce que amais mucho á vuestra madre.

RUG. La respeto y la adoro, señorita. Mi madre ha hecho tanto por nosotros!!! Nos ha criado en nuestra infancia, nos ha instruido... Cuando estábamos enfermos, esponiendo su vida por salvar la nuestra, pasaba continuamente los dias y las noches á la cabecera de nuestro lecho: cuando estamos tristes, ella sola es quien nos consuela y quien enjuga nuestras lágrimas con sus besos maternales. Nuestra madre ha sido para nosotros, un angel guardian, visible á todas las horas del dia, presente á todos los instantes de la noche; una providencia, que nos adormecia con una sonrisa, y nos despertaba con una caricia.

CAR. Ah! cuan hermoso me parece vuestro lenguage!

RUG. Yo digo únicamente lo que siento; y si os descubro los sentimientos de mi corazon, como á una hermana... dispensadme, señorita.

CAR. Ahora veo que vos tambien sois feliz.

RUG. *(tristemente.)* Deberia serlo!

CAR. Quién puede, pues, impedirlo?

RUG. Lo que me impide ser feliz... es... pero no; son delirios... yo no debo deciroslo. Demasiado he abusado ya de vuestra bondad!

CAR. Acabais de decirme que me hablabais como á vuestra hermana, y bien sabeis que casi lo soy. Asi, continuad; descubridme todos vuestros sentimientos. Una alma pura, como la vuestra, no puede tener nada malo de que avergonzarse. ¿Qué es lo que os atormenta?

RUG. Ya os he dicho como amo á mi madre; pues bien, igualmente amo tambien á mi hermano; pero estas afecciones, tan profundas y tan fuertes, no bastan á mi corazon... deseo... tengo necesidad de otra cosa; de lo que jamás podré obtener.

CARO. Qué podeis desear?... Riquezas?

RUG. No las ambiciono.

CARO. Honores...

RUG. Si la suerte me hubiera uncido al yugo brillante del poder, le hubiera soportado sin quejarme, pero irle á buscar?... Dios me libre.

CARO. Entonces, cuál puede ser el objeto de vuestra preocupacion?

RUG. No hay una pasion tan fuerte como el deseo, tan fogosa como la ambicion, y mas devorante que estas dos? ¿No existe el amor?

CARO. Vos amais?

RUG. Esa es mi desgracia.

CARO. Vuestra desgracia? Qué! no sereis amado?

RUG. No puedo serlo.

CARO. Y por qué? Habrá tantas jóvenes que desearán unir su mano á la vuestra!

RUG. Las mugeres que podian amarme, yo no las amo; y la hermosa á quien adoro, no puede tampoco adorarme.

CARO. Por qué?

RUG. Por qué? Escuchad, señorita; mi madre me ha hecho desde mi infancia un presente bien funesto. Me ha dado á mi, simple mercader, la educacion de un noble. En los tiempos de agitacion en que vivimos, decia, en medio de las revoluciones que todos los dias cambian los destinos y las fortunas, es necesario que el hombre esté dispuesto á todos los sucesos. Esto me ha hecho un daño atroz: mientras que mis ideas permanecian adormecidas, mi condicion se hallaba en el mismo caso: pero, ahora, mis deseos se remontan mas allá de mi clase, y lanzándose, en vano, hácia un ideal sublime, que jamas podrá realizarse, mi imaginacion se consume encarcelada en una terrible realidad, como una águila que ve marchitarse sus hermosos dias, sin poder romper la cadena que la sujeta.

CARO. Es necesario que no os desespereis asi.

RUG. No desesperar! Vos no sabeis que mi vida ha concluido.

CARO. ¡Concluido!

RUG. Si, señorita. Yo no puedo vivir sin amar, y yo no puedo amar mas que á una muger. Y esa muger está alejada de mi, como el cielo de la tierra. Esa muger, ilustre y encantadora, tan noble por su nacimiento como por su corazon; esa muger, que Dios ha hecho á la vez reina por la belleza y princesa por la cuna; esa muger, á quien oso amar, yo, pobre desconocido; esa muger... vais á reiros cuando os lo diga,.. esa muger...

CARO. *(interrumpiéndole prontamente.)* No concluyais, Rugiero: no quiero saber vuestro secreto.

RUG. *(con amargura.)* Bien lo veis!

CARO. Una joven no debe escuchar semejantes confidencias. Pero si yo me hallára en vuestro lugar; si yo abrigase en el corazon un amor semejante; si fuese como vos un hombre joven, inteligente, fuerte y determinado... Oh! no me digais que el valor os falta; yo os he visto, por defenderme, combatir y vencer, vos solo, á tres bandidos; pues bien, si yo estuviera en vuestro lugar, me haria soldado, me batiria por espacio de diez años, si necesario fuera, y llegaria á ser príncipe: me respondereis que esto es dificil... pero no es imposible. Galeazo, Visconti, Sforza y algunos otros, que han llegado á serlo, ¿no era solamente el amor el que los conducia? Si necesitais otro ejemplo, recordad que en los tiempos de su poderio, mi padre ha dado en matrimonio á su hija primogénita, á Nicolo Fortebrazo, un aventurero, hecho príncipe Soberano. A Dios, á Dios. *(se retira vivamente por la derecha.)*

## ESCENA VI.

RUGIERO, MICAEL.

MICA. Rugiero.
RUG. (*volviendo en si como de un sueño.*) Quién me llama?
MICA. Por qué se retira asi la señorita Carolina?
RUG. La señorita Carolina... no te comprendo.
MICA. No es ella quien salia de aqui?
RUG. Creo que si.
MICA. La has hablado?
RUG. Si.
MICA. Qué te ha dicho?
RUG. Nada.
MICA. Como nada!
RUG. Cosas insignificantes...
MICA. A dònde vas?
RUG. No lo sé... á buscar al capitan.
MICA. Al capitan? Aqui está.

## ESCENA VII.

*Los mismos*, JACOBO.

RUG. Capitan, dispensadme la violenta oposicion que acabo de haceros. Teniais razon, he sido un loco.
JACO. Todo lo he olvidado ya: no hablemos mas de ello. Celebro que querais ser de mis amigos.
RUG. No solamente de vuestros amigos, sino de vuestros soldados, si me lo permitis.
JACO. Ya estaba yo seguro que me habiais de buscar.
MICA. Tú, Rugiero, hacerte condotiero!
RUG. Y por qué no? ¿No lo eres tú tambien?
MICA. Pero hace un momento, ¿no decias que era una carrera infame?
RUG. He reflexionado, y he conocido mi error.
MICA. Y nuestra madre, ¿has pensado en la desesperacion que la vas á causar abandonàndola? (*Rugiero se cubre el rostro con las manos y permanece un momento sin responder.*)
JACO. (*dándola una palmada en el hombro.*) Y bien, ¿nos amilanamos ya?
RUG. (*levantando la cabeza.*) No, capitan; soy vuestro soldado, si me prometeis...
JACO. Hablad!
RUG. Ponerme siempre el primero en todos los peligros que conduzcan á la gloria.
JACO. Os juro que no dependerà de mi que no halleis en vuestro camino un trono ó una tumba.
RUG. Eso es lo que necesito.
MICA. (Este cambio tan repentino... su turbacion al abandonarle la señorita Carolina... Se aman, no hay duda!...

## ESCENA VIII.

JACOBO, RUGIERO, MICAEL, EL CONDE DE POPPI, MARGARITA.

CON. (*Trayendo un pergamino en la mano.*) Capitan, he aqui vuestro nombramiento; he cumplido mi palabra.
JACO. (*tomando el pergamino*) Esta noche cumpliré yo la mia. (*habla con el Conde en voz baja.*)
MAR. (*bajo á Micael.*) Te aguardaré aqui, esta noche?
MICA. (*id.*) No, soy yo el que te esperarà en casa de mi madre, à las nueve; vé y no olvides la llave del balcon.
MAR. (*id.*) Del balcon de aqui?
MICA (*id.*) Si.
CON. (*alto.*) Hasta mañana.
JACO. Hasta mañana, monseñor.
MICA. (*bajo á Margarita.*) A las nueve.
RUG. (*ap.*) Amado de Carolina... parece un sueño.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

Sala decente; una puerta y ventanas en el fondo: dos puertas laterales: una mesa servida de comer. Es de noche.

## ESCENA PRIMERA.

LUCRECIA, ROBERTO.

LUC. (*mirando por la puerta del fondo.*) Ninguno de los dos. Cuan inquieta estoy, Roberto.
ROB. Siempre estais en un continuo tormento.
LUC. Cuando mis hijos se retrasan tanto en venir à la hora acostumbrada... si pudieras compreuder cuanto los amo!
ROB. Seguramente que una madre debe amar á sus hijos; pero de una manera cristiana y razonable... Mientras que vos, no es el amor, no es la pasion, es la idolatria, yo no sé, en fin... Venis de una parte á otra, inquieta, sin saber qué haceros; os asomais à la puerta; toma, ellos son, ellos no son, y Dios mio por aqui, Dios mio por allà... y todo, por què? porque los jòvenes se han retardado un par de horas; como si la menor cosa no pudiera detenerlos un poco mas. Decididamente, señora Lucrecia, vos habeis inventado una nueva enfermedad; la fiebre maternal.
LUC. Es necesario no hacerte caso; no conoces que las calles de Bolonia no son seguras y luego... la noche...

## ESCENA II.

*Los mismos*, RUGIERO, MICAEL.

LUC (*abrazándolos.*) Ah! gracias á Dios No os ha sucedido ninguna desgracia, decid?... no? tanto mejor. Qué inquieta estaba! Por qué volveis tan tarde? Cuando estais separados de mi, preguntádselo á Roberto, estoy casi muerta.
RUG. Cuan buena sois, madre mia.
LUC. Debeis estar fatigados, sentaos, cenareis.
RUG. Gracias, madre mia; no tengo ganas; no necesito mas que reposo: permitid que me retire.
LUC. Anda, hijo mio. No quiero hacerte velar por causa mia.
RUG. (*besándola la mano.*) Buenas noches, madre mia. (*se retira por la izquierda.*)

## ESCENA III.

*Los mismos, menos* Rugiero.

Luc. Y tú, Micael?
Mica. Yo espero esta noche á un convidado.
Luc. Está bien; esperaremos.
Mica. Es que tengo necesidad de hablarle á solas.
Luc. ¿A solas?
Mica. Hacedme este favor, madre mia; es el último que os pediré.
Luc. Què es lo que dices? Roberto, puedes retirarte.
Rob. Buenas noches. (*se retira por el fondo.*)

## ESCENA IV.

Lucrecia, Micael.

Luc. Micael, Micael, dime que he entendido mal; la última gracia?
Mica. Habeis entendido bien, mañana abandono esta casa.
Luc. Mañana?
Mica. Si, me hago soldado.
Luc. Hacerte soldado! Abandonar esta casa!... por qué?
Mica. Para cambiar de vida.
Luc. Eres desgraciado aqui?
Mica. Yo no digo tal cosa.
Luc. Pero tú lo piensas!
Mica. Cada uno es dueño de su pensamiento.
Luc. Qué es esto, Dios mio? Con esas palabras me traspasas el corazon. Tú desgraciado! Aqui, al lado mio! Qué he hecho yo, en qué te he podido faltar?
Mica. En nada.
Luc. En nada? Y no temes desesperarme doblemente por tu abandono y tu indiferente silencio? Habla, á lo menos; de què te quejas?
Mica. Vos debeis saber que yo no me quejo nunca.
Luc. Y de qué podrias tú quejarte? No te amo yo? No te aman todos?
Mica. Hay tantas maneras de amar!
Luc. Si hay muchas maneras, tu hermano y yo, ¿no te amamos de la mejor?
Mica. Mi hermano?... Estais segura de amarme como á él?
Luc. Si estoy segura? ó Dios mio; por què esta duda? No te he velado durante tu infancia como á él? No te he alimentado igualmente?
Mica. No quiero negar el que hayais llenado los deberes de madre, igualmente con el uno que con el otro. Pero el corazon, el fondo del corazon...
Luc. Mi corazon! Os ha pertenecido indistintamente á los dos, y á cada uno, todo entero: y tú que eres mi corazon... (*Micael se sonrie amargamente.*) No me crees?
Mica. Si; os creo, no en vuestras palabras sino en vuestras acciones: y vuestras acciones prueban que preferis á Rugiero.
Luc. Y osas decirme eso!
Mica. Oh! yo no os reconvengo. Lo que vos habeis hecho, probablemente habrá sido con razon. Rugiero seria sin duda mas bello, mejor que yo, y mereceria por estos motivos la preferencia de que era objeto. No puedo decir lo contrario: porque la diferencia que ha mediado entre nosotros, data desde el principio de nuestra existencia. Cuando, por casualidad, un estrangero... Oh! esto lo recuerdo bien y lo recordaré siempre. Cuando un estrangero nos miraba con atencion, teniais vuestros ojos fijos sobre Rugiero, pálida é inquieta, mientras que, para mi, no teniais un pensamiento, ni una mirada. Creo que lo recordareis.
Luc. Y aun cuando sea eso cierto, ¿quién te ha dicho que no habia sobre la cabeza de Rugiero un peligro que no amenazaba á la tuya?
Mica. Què peligro podria existir para él, no existiendo para mi?
Luc. Ni puedo, ni debo responderte.
Mica. Ademas de esto, vos habeis dado á Rugiero la educacion de un gran señor, mientras que á mi me habeis tenido en el taller de un artesano. Esto, es verdad?
Luc. Y quién te ha dicho que tú y Rugiero no sois llamados á diferentes destinos?
Mica. Qué derecho tiene Rugiero, que no tenga yo tambien? Nosotros estamos destinados, él, para mandar y yo para obedecer? No es la misma sangre la que corre por nuestras venas?
Luc. Ni puedo, ni debo responderte.
Mica. Esa contestacion ya la esperaba yo.
Luc. Sabe solamente, que muchas veces hay en las familias, misterios terribles, á dónde solamente puede penetrar la vista de Dios; y que los hijos que demandan á sus padres el secreto de sus acciones, son unos impios. Ademas de esto, yo creo haberte dado bastantes pruebas de cariño, para tener derecho á tu confianza.
Mica. Efectivamente; vos nos habeis mostrado bastante cariño á los dos; solamente que para Rugiero, era el de la adoracion... y para mi, el de la piedad. Si; el de la piedad, hermana del desprecio... Y yo no acepto mas que el amor, no la piedad; el odio, pero no el desprecio. Por esto es por lo que abandono esta casa. Quiero formarme yo solo mi porvenir. Bueno ó malo, poco me importa, con tal que no se le deba á nadie: me siento aun bastante fuerte para arrostrar mi destino: y aunque la senda por donde me lanzo aparezca llena de espinas y conduzca al abismo, jamás retrocederé para buscar un apoyo, ni volveré la cabeza para demandar socorro. Prefiero los dolores del aislamiento, á la insolencia de las comparaciones; os he dicho la verdad cuando os he dado el último á Dios. Lo uno esplica lo otro. No es falta mia, si mi corazon se desborda en amargas palabras; se le ha llenado gota á gota de hiel, de manera que no puede contener otra cosa.
Luc Dios mio! Cuan cruelmente me haceis espiar las faltas que pueda haber cometido. Pero, por terrible que sea mi castigo, quiero ser mejor la victima que el verdugo. Cuan insensato es el que hiere voluntariamente las afecciones mas santas! Dios mio, volvedle la razon; harto desgraciado es con abrigar en su corazon esa doble monstruosidad; los celos para con su hermano y la ingratitud para con su madre. Dios mio, bendecidle.
Mica. Os doy gracias por los votos que dirigis al

cielo en favor mio. Espero, volviendo á otra cosa, que no me negareis el favor que os he pedido hace un momento.

Luc. Micael, esta casa te ha prestado un asilo por espacio de veinte años; por espacio de veinte años, este corazon ha llevado siempre tu imágen; el corazon y la casa te serán siempre abiertos cuando quieras volver.

Mica. Gracias. Voy à salir al encuentro de la persona á quien espero.

Luc. La dirás de mi parte, que sea muy bien venida, y que si tu madre no la hace los honores de la casa, es porque tú has querido recibirla solo. Ve, hijo mio, y vuelve en paz· yo voy á abandonar esta sala. (*Micael se retira.*) Ha partido... sin verter una lágrima, sin abrazarme, sin dirigirme una mirada; sin retractar una de sus horribles palabras.. tal vez no le volveré á ver... Cuan desgraciada soy!.. He perdido á uno de mis hijos; si; perdido. El cuerpo de Micael vive; pero el alma ha muerto. Micael, tú á quien tanto he amado, hoy no puedo hacer mas que llorar por ti.

## ESCENA V.

Lucrecia, Rugiero.

Rug. (*ap.*) Mi madre: no me atrevo à mirarla.

Luc. (*ap.*) Rugiero; que no vea mis lágrimas.

Rug. Perdonadme, madre mia, si he interrumpido vuestra plegaria. Me retiro.

Luc. Si, oraba por tu hermano... y por ti tambien. Pero tú, Rugiero, ¿á dónde vas? Te creia dormido.

Rug. No he podido hacerlo, y venia á hablar con mi hermano.

Luc. Tu hermano acaba de salir, pero va á volver al momento y quiere estar solo. Es necesario no estorbarle: cuando vuelva nos retiraremos; hasta tanto, una palabra: por qué no has podido dormir? Estas enfermo?

Rug. No.

Luc. Tienes algun sentimiento? No me respondes? Tú estas triste. Qué tienes?

Rug. (*turbado.*) Yo...

Luc. Y bien, acaba. No tienes ya confianza en mi?

Rug. Oh! Si; siempre.

Luc. Entonces...

Rug. Es que... perdonadme, madre mia, pero os voy á causar un dolor muy horrible.

Luc. Tambien vas ábandonarme?

Rug. Si; madre mia.

Luc. ¡Tambien él!

Rug. Qué? mi hermano os ha dicho ya?..

Luc. Nada; tu hermano no me ha dicho nada. Qué quieres que Micael me haya dicho? Por qué abandonarme?

Rug. Me he hecho soldado.

Luc. Soldado! Pero esto no me dice el motivo de tu partida. Tú no eres desgraciado conmigo... y sin embargo...

Rug. Vos sois la mejor de las madres... y yo... soy un ingrato.

Luc. No digas eso... porque no es verdad: tú tienes algun secreto. Amas á alguna muger? No llores! por qué llorar? Bien ves que yo no lloro. (*se oculta el rostro entre las manos.*)

Rug. Cuan miserable soy. Yo que debia consagraros mi vida entera, para haceros feliz, no hago mas que desgarrar vuestro corazon

Luc. No, esto no es nada. Si es necesario que partas, te dejaré partir, tendré valor. Pero veamos: me has dicho que amabas á una muger y ella, te ama á ti?

Rug. No lo sé.

Luc. Estoy segura de que te ama. Es posible no amarte? Ella es hermosa, no necesito que me lo digas, rica, tal vez noble, no es verdad? Ves como no me engaño; no tengo el talento que tú, pero mi corazon adivina. para merecerla, quiero decir, para obtenerla, tú quieres poder alcanzar un puesto honorífico. Por esto te has hecho soldado...

Rug. Tened piedad de mi locura; amo tanto á esa muger, què daria por ella mil vidas que tubiera.

Luc. Eso no es una locura; el amor lo comprende todo corazon noble. Tienes razon para obrar asi.

Rug. Cuando acabo de decir que voy á abandonaros, en lugar de reprocharme, segun merezco, sois vos quien me dà valor!

Luc. Esto es natural; yo no viviré siempre.

Rug. No me recordeis eso, madre mia.

Luc. Es necesario que tengas una persona à quien amar el dia que yo te falte. Tú no podrias vivir sin un amor; haces bien en amar... no hay nada mas hermoso en la vida... se debe tener tanta compasion á los que no saben amar! Esa muger será mi hija... No partas sin verme antes.

Rug. Estad tranquila. No marcharé sin llevar vuestra bendicion.

Luc. Está bien: te daré una carta para una persona que podrà protejerte. Ahora separémonos. Has confiado al mio los secretos de tu corazon, y debe haberte sido muy saludable: ahora podrás dormir.

Rug. Si, madre mia: hasta mañana. (*se retira despues de haberla besado la mano.*)

## ESCENA VI.

Micael, Margarita.

Mica. Entra, estamos solos. (*Margarita entra embozada en una capa de hombre.*) Siéntate.

Mar. Me has mandado venir y te he obedecido: pero ha sido una imprudencia. Si tu madre me viera aqui, me moriria de vergüenza.

Mica. Mi madre no te verá.

Mar. Por qué me has hecho venir á la casa de tu madre?

Mica. Ahora te lo diré. Siéntate y cenaremos.

Mar. No tengo ganas. (*se sienta.*)

Mica. Es necesario tomar algunas fuerzas: tenemos mucho que andar.

Mar. A dónde nos vamos?

Mica. Bastante lejos de aqui. Hoy abandono esta casa. (*sirve de comer y beber.*)

Mar. Para mucho tiempo?

Mica. Para siempre.

Mar. Para siempre?

Mica. Si, por eso te he hecho abandonar esta noche el palacio del conde.

Mar. Qué quieres decir?

Mica. Aqui no somos mas que, yo un desgraciado y tú una esclava. Pues bien; desde esta

noche, vamos á ser libres y dichosos. No quieres serlo?

MAR. Yo no quiero mas que lo que tú quieras.

MICA. Entonces, brindemos á nuestro porvenir. (*llena un vaso de vino, y se le presenta á Margarita que le rehusa.*)

MAR. No bebo vino.

MICA. Sea con agua. Todo lo que yo deseo es que bebas conmigo. (*llena un vaso de agua que Margarita bebe.*) Apura tu vaso, como yo apuro el mio. Bien sabes que es un signo de desgracia cuando no se agota enteramente el licor.

MAR. Escucha, Micael; tú ejerces sobre mi un dominio inmenso; mi voluntad se ha confundido entre la tuya; tú me has conducido al olvido de mis deberes, y ahora me arrastras al olvido de mi honor. Abandonando, por ti, el palacio del conde, si no te desposases conmigo, como me lo has jurado, mi reputacion quedaria manchada en lo sucesivo.

MICA. Tranquilizate: cumpliré mi juramento. Has traido la llave del balcon?

MAR Sí; para qué?

MICA. Dònde está?

MAR. Aqui. (*enseñando una cartera que lleva pendiente de la cintura.*) Por qué me has dicho que la tragera?

MICA. Ahora te lo diré. Continua.

MAR. Si quieres cumplir tu juramento, es necesario que mañana mismo nos desposemos.

MICA. Mañana?

MAR. Sí. Mi padre no es mas que un obrero, pero, sin embargo, estima el honor de su nombre tanto como un príncipe, y si no cumplieras tu juramento, estoy seguro que nos mataria.

MICA. Bah!

MAR. Te digo que nos mataria: tiene algunos amigos valientes y determinados, que manejan la almarada con la misma facilidad que sus espadas los condotieros.

MICA. No te inquietes por eso. Creo que no se verá obligado à emplear los puñales de sus amigos. Dime, Margarita; yo creo que Rugiero ama á tu señora.

MAR. A la señorita Carolina?... Esto es singular... me siento tan trastornada...

MICA. Estàs enferma?

MAR. No.

MICA. Será el sueño que te rinda, pero te se pasarà dando una vuelta. Y dime, crees tú que la señorita Carolina le ama.

MAR. A quién?

MICA. A Rugiero.

MAR. No se nada... me siento tan abatida...

MICA Si quieres, podrás pasar la noche aqui,

MAR. (*levantándose prontamente.*) En la habitacion de tu madre? No...

MICA. Mi madre está ya recogida, y saliendo nosotros al ser de dia, es imposible que te vea.

MAR. Ah! Micael, Micael, tú me has dado algo en el agua. Tu empeño en que yo trajera la llave del balcon... ahora lo comprendo todo...

MICA. La soñera te hace delirar. Ven, en esta habitacion puedes descansar, sin cuidado. (*La entra en la cámara de la derecha, saliendo en seguida.*) Ya está dormida... El narcòtico ha hecho su efecto; ahora nadie podrá verla en esa habitacion, hasta que yo venga á buscarla al amanecer. Ya tengo en mi mano lo que tanto deseaba... la llave del balcon del camarin de la hija del conde. Ah! Rugiero, Rugiero! Ahora vas á pagarme todos los tormentos que me has hecho padecer. (*cierra con llave la puerta de la habitacion donde está Margarita.*) (*Se oye llamar á la puerta del fondo.*) Quién llama?

JACO. (*dentro.*) Yo; vuestro capitan. (*Micael abre la puerta del fondo.*)

## ESCENA VII.

MICAEL, JACOBO, ROMAGNOL.

MICA. Buenas noches, capitan. Qué quereis?

JACO. Vengo à proponeros un buen golpe de mano.

MICA. Para cuando?

JACO. Para esta noche.

MICA. No podeis dejarlo para mañana?

JACO. No.

MICA. Entonces, dispensadme; pero no puedo.

JACO. Es, que podeis ganar algunos sequines de oro.

MICA. No importa; no puedo disponer de esta noche.

JACO. Os perdeis una buena fortuna.

MICA. Como ha de ser. (*ap. y poniéndose la capa que Margarita habrá dejado sobre una silla.*) Con esta capa no será facil reconocerme.

JACO. Decididamente, no podeis?

MICA. Decididamente no puedo; aunque me ofrecieran el tesoro del rey de España, le despreciaria del mismo modo. Buenas noches, capitan.

JACO. Entonces, decidme, dónde está vuestro hermano?

MICA. (*señalando la puerta de la izquierda.*) En esa cámara. (*se retira por el fondo.*)

## ESCENA VIII.

*Los mismos, menos* MICAEL.

JACO. Esta negativa, echa á perder todos mis planes. Y si el otro hermano se niega tambien, me veré obligado á buscar otro cualquiera en el pueblo... porque no quiero faltar á la palabra dada al conde.

ROM. Pero, capitan, ¿por qué no quereis encargarme à mi ese golpe? Bien sabeis que está en armonia con mis atribuciones y mis costumbres.

JACO. Romagnol, tienes pocos alcances. Ya te he dicho que no quiero que anden en estos lances los soldados de mi compañia, porque eso podria comprometerme; durante ocho dias, es muy necesaria la disciplina; despues ya es otra cosa. Pero hasta ese tiempo, espero hacer que los soldados de mi compañia, sean tan humildes y tan hipòcritas como los frailes fuera de su convento.

ROM. Dificil es, capitan.

JACO. Hay alguna cosa dificil cuando yo la quiero?

ROM. No, capitan.

JACO. Esponer por esas bagatelas una plaza como la mia! Sabes lo que vale? Sabes que en el espacio de una hora que yo la ocupo, hubiera podido hacer mi fortuna?

ROM. Vuestra fortuna!

JACO. Sí; y la tuya, mi digno lugar-teniente.
ROM. Y por qué no la habeis hecho, capitan?
JACO La mia, ò la tuya?
ROM. La una y la otra.
JACO. Porque la hubiera hecho de una manera que no me convenia completamente.
ROM. Se os pedia alguna cosa tan dificil y tan estraordinaria?
JACO. Al contrario; muy simple y muy facil. Monseñor Batista Caneschi, Gefe de la familia, ha venido, hace pocos momentos, á ofrecerme una posesion señoreal...
ROM. Una posesion señoreal?
JACO. Si quieria matar á Monseñor Annibal Ventiboglio.
ROM. Y habeis reusado?
JACO. Sí.
ROM. Qué es lo que os impedia matar à Ventiboglio? No seria el primero.
JACO. Y tampoco podrá ser el último: pero le conservo hasta mas tarde. Tengo ahora necesidad de él.
ROM. Y para qué?
JACO. Para obtener un escrito, que me dará ciertas noticias, acerca de una cosa que deseo saber.
ROM. Es necesario que sean unas noticias famosas, para valer, por lo menos, tanto como un señorio.
JACO. Tal vez valdrán un principado.
ROM. Diablo! y còmo?..
JACO. Guárdate de adivinarlo; como la soledad es favorable à la meditacion, es mejor que vayas á reunirte con la compañia. Es necesario que yo hable à un joven que está aqui. Me comprendes?
ROM. Perfectamente, capitan. *(se retira.)*

## ESCENA IX.

JACOBO, RUGIERO.

JACO. *(llamando á la puerta de Rugiero.)* Señor Rugiero?
RUG. *(dentro.)* Quién me llama?
JACO. El capitan Fuerte-Espada.
RUG. De qué se trata, capitan? *(saliendo.)*
JACO. De una espedicion.
RUG. De qué género?
JACO. Del mejor. Vengo á favoreceros con perjuicio de todos mis soldados.
RUG. Gracias; qué hay que hacer?
JACO. Tomar 20 sequines de oro y matar á un hombre. Esto es bien facil; de pronto... entre las sombras de la noche.
RUG. ¡Un asesinato pagado! Os engañais, capitan: os he pedido los peligros que conducian á la gloria pero no os he demandado la plata que arrastra á la infamia.
JACO. Segun eso, reusais. El camino que conduce á la fortuna, no es siempre bastante legal, y se arriesga muchas veces no abanzar un solo paso, si se teme el echar por ciertos atajos, que conducen con mas prontitud, aunque con mas peligros, á su deseada cumbre. Yo os ofrecia una buena ocasion; no os hablo de la plata, porque si no la quereis, es bien facil de arreglar, cualquiera la habria tomado; pero vos hubierais adquirido una proteccion colosal. Esta clase de servicios liga eternamente al que los presta y al que los recibe. Y creo que no se debe desdeñar el apoyo del conde de Poppi.
RUG. Del conde de Poppi?
JACO. Pero, una vez que no quereis encargaros de este negocio, no hablemos mas.
RUG. Habeis dicho el conde de Poppi?
JACO. Si; pero él ò cualquiera otro... eso que le hace?....
RUG. No comprendo! El conde, es un hombre inflexible y severo, pero al mismo tiempo, tiene honor, y no puedo concebir que descienda hasta el asesinato.
JACO. Si el conde de Poppi quiere asesinar à un hombre, es precisamente porque su honor lo exige. Esto, os asombrará menos, cuando sepais, puesto que vos quereis saberlo todo, que se trata de su hija.
RUG. De la señorita Carolina? Quién ha osado insultarla?
JACO. Quién os ha dicho que era un insulto? Yo no sé nada. A lo menos la hija del conde aparenta prestarse espontáneamente. El hecho, es que un hombre escala todas las noches su balcon, y penetra en su cámara.
RUG. Los que eso han dicho, mintieron.
JACO. He aqui el segundo mentis, que recibo hoy por esta historia.
RUG. Pero quién lo ha visto?
JACO. Yo.
RUG. A què hora?
JACO. A las once.
RUG. Y es de ese hombre de quien se trata?
JACO. Sí.
RUG. *(descolgando su espada.)* Hasta mas ver, capitan.
JACO. A dónde vais?
RUG. A esperarle. Y si habeis dicho la verdad, os juro por la salvacion de mi alma, que el camarin de palacio amanecerá salpicado de sangre.
JACO. *(viéndole salir.)* He aqui un desenlace bastante inesperado. Ese joven, que hace un momento se estremecia de horror al oir hablar de un asesinato, ahora corre á ejecutarlo, como si fuera á un festin; una sola palabra ha bastado para reanimar su energia. *(se dirige hácia la puerta del fondo para irse.)*

## ESCENA X.

JACOBO, LUCRECIA.

LUC. Si; aqui está. Es necesario que no parta sin llevar este escrito, del que pende su suerte.
JACO *(ap.)* Quièn es esta muger? Sin duda será su madre.
LUC. *(ap.)* Un estrangero; será el convidado de Micael.
JACO. *(la saluda.)* Buenas noches.
LUC. Perdonadme, si os he venido á interrumpir; me retiro.
JACO. No tal. Me marchaba ya.
LUC. Quereis esperar un instante, Micael saldrá.
JACO. Micael ha partido ya, señora.
LUC. Partido... Entonces Rugiero...
JACO. Acaba de marchar igualmente.
LUC. Tambien Rugiero!... He aqui lo que yo temia. Esta carta còmo hacerla llegar ahora?..

JACO. A quien và dirigida? Si es á alguno de vuestros hijos, porque yo supongo que tengo el honor de estar hablando con la señora Lucrecia Landi...

LUC. Precisamente.

JACO. Si esa carta es para alguno de vuestros hijos, yo me encargo voluntariamente de llevarla.

LUC. Vais á volverlos á ver?

JACO. Mañana, lo mas tarde. Pues se han enganchado hoy mismo en mi compañia.

LUC. Vos sois...

JACO. El capitan Fuerte-Espada.

LUC. Esta carta va dirigida, no á mis hijos, pero á otro que tal vez será su protector.

JACO. Puedo preguntaros, sin cometer una indiscreccion? ..

LUC. Al Principe Annibal Bentiboglio.

JACO. (*mirándola fijamente.*) Al Principe Annibal? No me habeis dicho que os llamais Lucrecia Landi?

LUC. Ciertamente. Por qué esta pregunta?

JACO. Por nada. Confundia vuestro nombre con el de otra persona á quien he conocido; podeis continuar.

LUC. Os decia, que no sé como remitir esta carta.

JACO. Si quereis confiàrmela, yo se la presentaré á Rugiero; y como estoy al servicio del Principe, le proporcionaré una ocasion para que se la presente él mismo.

LUC. Os doy las gracias y aceptó vuestro favor con reconocimiento He aqui la carta. (*dándosela.*)

JACO. Creed, señora, que està en buenas manos. Cuando querais ver á vuestros hijos, no teneis mas que ir á palacio y preguntar por el capitan Fuerte-Espada, el que se tiene por muy feliz con poderse contar entre el número de vuestros servidores (*se retira Lucrecia.*)

## ESCENA XI.

JACOBO, *despues* ROMAGNOL.

JACO. No puedo resistir mas tiempo la curiosidad que me devora. Es necesario que yo lea esta carta, donde tal vez se halla encerrado lo que busco... lo que necesito para realizar el sueño de mi vida. Mi corazon palpita con violencia, mi vista se oscurece... yo, que jamás he temblado.... ahora tengo miedo. Vamos. (*rompe el sobre y lee rápidamente la carta.*) Ah! la alegria me ahoga: al cabo encontré el tesoro que buscaba. (*llamando por el fondo.*) Romagnol, Romagnol.

ROM. Qué se ofrece, mi capitan?

JACO. Corre al instante al Palacio de Monseñor Bautista Canneschi, dile que reuna todos sus parientes, todos sus amigos, todos sus vasallos y que se disponga à defenderme?

ROM. A defenderos?

JACO. Si. Antes de una hora habré asesinado al Principe Annibal Bentiboglio.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

Cámara en el Palacio del conde; dos puertas laterales; una à la derecha y otra á la izquierda: ventanas en el fondo. Es de noche,

## ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, EL CONDE.

CONDE. Como esta cámara está tan vecina á la calle... y luego, en estos tiempos de revolucion...

CAR. No habiendo hecho mal á ninguno, yo supongo que nadie querrà hacérmele á mi.

CON. Hay tantas personas ociosas, que vagamundean de noche por las calles de Bolonia!... Quieres cambiar de habitacion?

CAR. Como vos gusteis, padre mio.

CON. (*ap.*) Ninguna emocion. (*alto.*) La puerta del balcon está cerrada?

CAR. Siempre.

CON. Quién tiene la llave?

CAR. Creo que Margarita.

CON. Y dònde está Margarita?

CAR. Me ha pedido permiso para ir á pasar la noche en compañia de su anciana madre, que está enferma, y yo se le he concedido.

CON. Es decir que Margarita no pasará la noche aqui...Dime, hija mia; haces tu plegaria todas las noches? ..

CAR. Si, padre mio.

CON. Y qué le pides à Dios?

CAR. Que nos conserve la vida, y que os vuelva vuestra felicidad para que podamos consolar à los que sufren.

CON. No le pides nunca que preserve de toda mancha el honor de nuestro nombre?

CAR. Jamás.

CON. Y por qué?

CAR. Ese nombre no le llevamos mas que dos, y creo que ninguno de nosotros podrà mancharle

CON. Bien, hija mia. (*ap.*) En su frente resplandece la calma de la inocencia. (*alto.*) Buenas noches.

CAR. Hasta mañana, padre mio. (*el conde se retira por el fondo.*)

## ESCENA II.

CAROLINA *sola.*

Dios mio, dignaos escuchar la plegaria que os dirige mi corazon. Vos, que sois tan poderoso, restituid á mi padre la grandeza que le han arrebatado y de la que tanto necesita para ser feliz. Dios mio, vos que sois tan misericordioso.... Siento ruido..... Creia que estaba sola... Me parece que es en la cámara de Margarita...

## ESCENA III.

CAROLINA, MICAEL.

CAR. Vos aqui, Micael, á estas horas? Qué quereis?

MICA. Necesitais preguntármelo? Que es lo que vela cuando todo duerme?

CAR. El crímen.

MICA. O el amor.

CAR. El amor ? No os comprendo.

MICA. Quereis que sea el amor? Quereis que sea el crimen? Escoged.

CARO. Me haceis temblar.

MICA. Una palabra... y no tendreis nada que temer de mi. Decidme que me amais.

CAR. Semejante insulto!...

MICA. Cómo! Insultaros porque os digo que os amo? Parece que no os dais por insultada cuando os lo dice mi hermano.

CAR. Vuestro hermano?... Es demasiada insolencia; salid, ò de lo contrario llamaré á mi padre:

MICA. Si le amais, no le llameis. Estoy bien armado y dispuesto á todo: y cuando yo tomo una determinacion, la ejecuto á costa de todo... aun à costa de mi propia sangre, aun à costa de un crímen; nada me arredra: cuando deseo una cosa, soy capaz de ir á buscarla al mismo infierno. Ahora bien; vos habeis despertado en mi una irresistible pasion. Os amo; y si alguno viniera á colocarse entre vos y yo, le mataria, aunque fuese vuestro padre. De ese modo, es inutil que griteis.

CAR. No, no llamaré á nadie, os lo prometo. Pero vos teneis honor, y estoy segura que no querreis deshonrar á una pobre jóven, á quien nadie defiende... Micael, yo os lo suplico. (*se arrodilla.*)

MICA. Las súplicas y las amenazas son iguales para mi.

CAR. Pues bien; una vez que vos no respetais los derechos del nacimiento, ni las leyes del honor, respetad al menos los vínculos de la sangre. Sabed que soy la esposa prometida de vuestro hermano.

MICA. Su prometida!

CAR. Si; Rugiero y yo nos amamos, y he jurado no ser esposa mas que de él.

MICA. Vos amais à mi hermano?.. Tanto mejor... Mi duda se cambia en realidad; y ahora estoy seguro de herir justamente.

CAR. Dios mio! que quereis decir?

MICA. Yo aborrezco á mi hermano... él os ama; y vos sois la persona en quien yo puedo herirle mas terriblemente. Vuestro amor es para Rugiero la realizacion de un magnífico sueño. Vos sois su esperanza, su felicidad, su gloria; y yo quiero mancharla, desvanecerla, aniquilarla completamente. (*cogiéndola por un brazo.*) Prometida de Rugiero, es necesario que me sigais.

CAR. (*cogiendo el puñal á Micael y retirándose á alguna distancia.*) Jamás; primero la muerte que el deshonor. Es demasiado noble la sangre que circula por mis venas, y si lo dudais, disminuid la distancia que nos separa con un solo paso y la vereis correr.

MICA. (*despues de un momento de duda.*) Muerta ò viva, vos sereis igualmente perdida para Rugiero, que es lo único que deseo. (*al dirigirse hácia Carolina, se oye dentro el ruido de una puerta que cae en la cámara de la izquierda á lo cual Micael se detiene.*)

CAR. Ya vienen en mi socorro... Estoy salvada. (*abriendo la puerta de la izquierda y cerrándola aterrorizada.*) (*ap.*) Dios mio! Rugiero! Si se encuentran los dos, se van à asesinar.

MICA. Quién es el desgraciado que viene en vuestro socorro?

CAR. Los criados de mi padre, que acuden armados.

MICA. (*desnudando la espada.*) Que vengan; venderè cara mi vida.

CAR. Qué podrá vuestro valor contra las espadas de cien valientes?.. Pero vos sois el hermano de Rugiero... y os concedo la vida. Entrad en esta cámara; cuandó se hayan retirado, podreis salir sin peligro.

MICA. Os comprendo, señora.. Acepto la vida que me ofreceis, no porque crea que la debo á vuestra piedad, si no á vuestro miedo. Si, al miedo que teneis de dar un escándalo. Repito que acepto la vida que me ofreceis, porque no quiero morir sin ejecutar antes mi venganza. (*Micael entra en la càmara de la derecha, cuya puerta cierra Carolina con llave.*)

CAR. Gracias, Dios mio! Gracias! Vos me salvais el honor y me evitais el espectáculo de un fratricidio

RUG. (*dentro.*) Abrid, abrid ó derribaré la puerta. (*Carolina abre.*)

## ESCENA IV.

CAROLINA, RUGIERO.

RUG. (*ap.*) Carolina! (*alto.*) Dispensadme, señorita, el entrar en vuestra cámara, á esta hora y con semejante violencia... No hay nadie aqui?..

CAR. No; por qué?

RUG. He visto desde lejos á un hombre que escalaba vuestro balcon y que entraba en este apartamento.

CAR. Os habeis engañado, sin duda... Aqui no ha entrado nadie.

RUG. Dispensadme, señorita, pero lo he visto... estoy seguro. Temiendo por vos, he escalado tambien el balcon, he forzado la puerta con mi espada, y he corrido á la habitacion de Margarita.

CAR. Y no habeis visto à nadie, no es cierto?

RUG. A nadie.

CAR. Ya os lo decia yo; os habeis engañado.

RUG. Pero aqui?

CAR. No hay nadie tampoco; estoy segura, si alguno hubiera entrado, precisamente yo le hubiera visto ú oido.

RUG. Esto es singular! Me retiro, señorita... y os ruego que me perdoneis.

CAR. Perdonaros! Al contrario, os doy las gracias, Rugiero, por el interés que habeis manifestado por mi.

RUG. Adios, señorita. (*al volver, repara en el puñal que Carolina habrá dejado caer en el suelo.*) Qué puñal es este?

CAR. Ese puñal?

RUG. Si.

CAR. No sé... pertenecerà sin duda, á alguno de la casa, que le habrà dejado caer inadvertidamente.

RUG. (*levantando la capa que Micael habrá dejado caida en el suelo.*) Y esta capa, mojada aun con la lluvia?... Pertenece tambien à alguno de vuestra casa?

Car. Probablemente.
Rug. Vos me engañais. Aqui hay alguno escondido. Dónde está? quiero verle.
Car. Yo os aseguro...!
Rug. En dónde está? Tal vez en esta cámara...
Car. (*poniéndose delante de la puerta.*) En esta cámara no hay nadie.
Rug. Dejadme verlo.
Car. En nombre del cielo, Rugiero.
Rug. Os digo que entraré.
Car. Entonces emplearéis la violencia.
Rug. Es pues vuestro amante?
Car. No creais eso.
Rug. Si, lo creo. En esa cámara hay un hombre.. he aqui su puñal y su capa. Es necesario que vos le ameis demasiado para defenderle asi. Pero le defendeis en vano.
Car. Silencio, desgraciado. Si él os oyera!...
Rug. Estará celoso, no es verdad?
Car. Vos no me comprendeis. Rugiero, os juro que no amo á ese hombre.
Rug. Entonces, que interés teneis en defenderle?
Car. No puedo decíroslo.
Rug. Por qué?.. No me respondeis... Pero haceis bien. Qué derecho tengo yo para interrogaros? Quién soy yo para demandar cuenta de sus acciones à la noble Carolina de Poppi? Vos sois princesa y podeis, si os agrada, reiros de un pobre mercader... pero eso es una infamia y yo me vengaré... Ese hombre no se me escapará. (*corre á la ventana del fondo.*) Ah! Ahora ya estareis contenta... ya le habeis dado el tiempo necesario para escaparse.
Car. Escaparse?
Rug. Si; acabo de verle huir por la ventana de vuestra cámara. Decidme ahora que es mentira. Decidme que no estaba ese hombre oculto en vuestra cámara, Dios mio! Dios mio! Porqué no habré muerto antes de entrar aqui?
Car. Rugiero, Rugiero, no hableis asi.
Rug. Qué quereis que haga ahora de la vida? Vos no sabeis cómo os amaba, Carolina... Por vos he abandonado á mi madre; si, á mi buena y desgraciada madre. Me habeis dicho que me hiciera soldado para llegar á ser principe... y os he obedecido, sin titubear... Me habeis hecho esperar la felicidad; una felicidad por la cual hubiera dado la mitad de mi vida... Eso era esta mañana... y esta noche, engañado, vendido, despreciado... Oh! Dios mio, Dios mio! Cuan desgraciado soy.
Car. No lloreis, Rugiero. Me despedazais el corazon. Escuchadme, Rugiero, yo os amo.
Rug. Pues bien, si me amais, decidme... quién es ese hombre? No me respondeis? Dejadlo... no temais nada; no le haré mal alguno. Qué me importa á mi ese hombre? Vos habeis muerto para mi; os desprecio.
Car. Esto es horrible, Rugiero...
Rug. Dejadme, señora. Qué quereis? Yo no os conozco ya.

## ESCENA V.

*Los mismos, el* Conde, *criados armados.*

Con. Que se guarden todas las salidas. (*viendo á Rugiero.*) Rugiero Landi! Sois vos, el que ha osado penetrar en mi palacio, en medio de las sombras de la noche, para arrojar sobre el escudo de mis armas, el deshonor y la vergüenza!!!
Car. Padre mio!..
Con. Ignorábais, por ventura, que las manchas que caen sobre mi familia solo se lavan con sangre?.. (*á los criados.*) Pronto, desarmadle.
Rug. Esta mañana, diez de vuestros domésticos no hubieran podido conseguirlo... pero esta noche, uno solo es suficiente. (*rompe su espada y la arroja.*) Mi vida pertenece al que la quiera...
Car. (*colocándose delante de Rugiero.*) Aguardad. Padre mio, este jòven es inocente.
Con. Entonces, para qué habia penetrado en esta cámara?
Car. Para defenderme.
Con. De quién? (*Carolina permanece silenciosa.*) Tu silencio me revela tu impostura. (*à los criados.*) Apoderaos de él.
Car. Puesto que es necesario.... Diré la verdad.
Rug. La verdad? Decidla pronto.
Car. Solamente á mi padre.
Con. No; el escándalo ha sido público y es necesario que la justificacion lo sea tambien.
Rug. En nombre de el cielo... hablad, señorita.
Car. (*al Conde.*) Estoy pronta á declararlo todo... pero no delante de Rugiero.
Con. Delante de todo el mundo.
Rug. Acabemos, monseñor; la señorita Carolina, no tiene nada que decir; yo solo soy el culpable; el único que ha entrado aqui contra la voluntad de vuestra hija. Castigadme, y no acuseis á ninguno. (*bajo á Carolina.*) He aqui mi venganza.

## ESCENA VI.

*Los mismos,* Jacobo.

Jaco. (*en el fondo dando órdenes á Romagnol.*) Permaneced con la compañía en la puerta del palacio. (*abanzando á la escena y dirigiéndose al Conde*) Monseñor, es necesario que os hable al instante, sin testigos. Este jóven, ha sido víctima de una equivocacion. Yo respondo de él...
Car. (*à Jacobo.*) Salvadle, señor, salvadle.
Con. Es una traicion?
Jaco. No, monseñor. Es un servicio de amigo. Vengo à evitar que cometais una falta, tal vez irreparable. Siempre teneis tiempo para castigar... ahora, haced que guarden á ese jóven en una habitacion inmediata, y si despues de haberme escuchado, persistis aun en castigarle, podreis hacerlo como mejor os plazca.
Con. (*á los criados.*) Guardad á Rugiero en la sala baja, y esperad alli mis órdenes. Tú, Carolina, retirate á tu cámara.

## ESCENA VII.

El Conde, Jacobo.

Con. Veamos, capitan; de qué se trata?
Jaco. Ese jóven ha venido aqui, no para ultrajaros, sino para serviros. Es el que yo habia buscado para asesinar al otro... al otro por quien vos le tomais.

Con. Entonces, quién es el otro?

Jaco. Lo ignoro.

Con. Es necesario que yo le conozca.

Jaco. Mañana mismo podreis informaros. Ocupémenos ahora de un suceso mas reciente y de mas importancia. Acaban de asesinar á monseñor Annibal Bentiboglio.

Con. Y quién?

Jaco. Monseñor, yo he sido el que le ha asesinado.

Con. Vos! Y quién ha podido impulsaros à cometer una accion tan abominable?

Jaco. Tenia mis razones.

Con. Miserable! Salid de aqui, ó me veré obligado á entregaros á la justicia.

Jaco. Sin duda olvidais, monseñor, que no sois el mas fuerte. Vos, escasamente teneis en vuestro palacio, una docena de domésticos mal armados y peor aguerridos, mientras que yo, tengo á la puerta cien condotieros, armados hasta los dientes, y dispuestos á todo lo que los mande su capitan. Ademas de esto, ahora no tenemos justicia, puesto que acabo de asesinar al gefe superior... y despues, cuando el estado haya vuelto á recobrar su situacion normal, tendremos una nueva justicia, enemiga de la antigua, y que será, por consiguiente de mis amigos. Pero tened la bondad de sentaros. *(Jacobo se sienta.)*

Con. (*permaneciendo en pié.*) A dònde vais á parar?

Jaco. Vais á verlo. Los Canneschi, mis cómplices, triunfan en este momento, y si los dejamos marchar mas adelante, llegaràn á gobernar la Bolonia, bajo la primogenitura del duque de Milan. Pero todavia no estàn adelantados... y se les podria detener en su carrera. Quereis ayudarme vos?..

Con. Cómo! Despues de haberlos servido, hace un momento, pensariais ahora en combatirlos?

Jaco. Si, monseñor.

Con. Segun eso, en vos es una necesidad el destruir, y una pasion el asesinar.

Jaco. Os equivocais, monseñor; escepto las fieras, ninguno derrama la sangre por placer.

Con. Pero, ahora, ¿por qué arrojar por tierra lo que acabais de elevar?

Jaco. Tengo mis razones.

Con. Es posible... pero yo no tengo ninguna para asociarme á vuestras tenebrosas maquinaciones.

Jaco. Perdonadme; vos teneis una, la mejor de todas, el interés.

Con. No os comprendo.

Jago. Voy á esplicároslo. Vos estais colocado en el dia, en una situacion harto estraña à vuestro rango. Principe por el nacimiento, aventurero por la fortuna, no sabeis como casar à vuestra hija segunda, la señorita Carolina; si quereis secundarme, os doy un yerno.

Con. Un yerno! y de qué clase?

Jaco. De una clase harto ilustre, para ennoblecer el nombre de su esposa, aunque fuese vuestra hija; y harto poderoso, para aumentar los estados de su suegro, ò restituirselos, si los habia perdido... Os conviene la clase, monseñor?

Con. (*sentándose.*) Estoy impaciente por veros concluir.

Jaco. Ya estaba yo seguro de que tomariais asiento.

Con. Os escucho.

Jaco. El pueblo no ha tomado parte alguna en la revolucion que acaba de hacerse. Amaba á monseñor Annibal Bentiboglio vivo, y le llorarà muerto. Si se le presentase otro Bentiboglio; él, le pondria ciertamente á su cabeza, y rechazaria á los Canneschi.

Con. Opino como vos; pero no resta mas que un Bentiboglio; Julio, hijo de Annibal y es un niño de seis años.

Jaco. Yo tengo otro.

Con. Otro!

Jaco. Si. Vos recordareis, monseñor, que hace unos veinte años, el principe Hércules Bentiboglio, primo de Annibal, permaneció en vuestro condado de Poppi

Con Si; estaba proscripto y le dí hospitalidad.

Jaco. Aquella hospitalidad, os habrà traido la ventura. (*dándole una carta.*) Leed esta carta. Vos conoceis la firma del principe.

Con. (*leyendo la carta.*) » Mi querida Elena; os su-
» plico veleis por la seguridad de nuestro hi-
» jo; no es suficiente amarle como una madre,
« es necesario guardarle como un avaro guar-
» da su tesoro. Son tantos los peligros que le
» amenazan! Solamente el incógnito puede sal-
» varle. Adios, hasta que brillen otros dias mas
» felices. Firmada. Hércules Bentiboglio, 7 de
» febrero de 1424. » Efectivamente, es su firma... Pero este hijo? .

Jaco. Ese jòven que vos queriais castigar hace un momento...

Con. Què?

Jaco. El, ó su pretendido hermano, uno de los dos, es el hijo del principe Hércules Bentiboglio.

Con. La prueba?

Jaco. Vedla aqui. (*dándole otra carta.*) Es una carta escrita ayer al principe Annibal por la muger á quién el principe Hércules habia confiado su hijo; creo que este testimonio es suficiente para convenceros.

Con. Ciertamente.

Jaco. Muy bien. He aqui, finalmente, lo que tengo que proponeros. Vos gozais de una alta consideracion... teneis una grande influencia en Bolonia: pues bien, ponedlas al servicio del jóven Bentiboglio del mismo modo que yo pondré mi espada, y nosotros dos bastaremos para hacerle soberano de Bolonia; despues de lo cual, el principe para recompensaros debidamente vuestros servicios, se desposará con vuestra hija. Qué os parece mi plan?

Con. Y quièn me garantiza la egecucion de esas promesas?

Jaco. Por ahora, el reconocimiento del nuevo principe, y mas tarde, lo que os parecerá sin duda mas seguro, su interés. Elevado al poder por vos, no podrá sostenerse mas que por vos. Yo creo que esto es muy claro.

Con. En efecto; pero vos, que sois la llave maestia de toda esta maquinacion, ¿qué demandais por recompensa?

Jaco. Nada mas que el derecho de conducir el negocio á mi placer.

Con. Nada mas que eso?

JACO. Os sorprende el verme tan desinteresado? Què quereis: es un placer que tengo en dirigir todas estas cosas, asi como otros tienen pasion por la caza, por los dados y por las mugeres. Yo soy un artista en revoluciones, que solo me entretengo en elevar y en derribar soberanos... pero no soy ambicioso. Y bien?.. mis proposiciones?..

CON. Están aceptadas. El jóven Bentiboglio será príncipe de Bolonia y...

JACO. Vuestra hija será la esposa de Bentiboglio; convenido. (*llamando ; el conde se retira.*) Ola, Romagnol! Ola, mi compañia!

ESCENA VIII.

JACOBO, ROMAGNOL, CONDOTIEROS.

JACO. La espada desnuda, y en marcha mis caballeros.

ROM. Capitan, acabamos de gritar muerte á Bentiboglio, y vivan los Canneschi!.. Què es necesario gritar ahora?

JACO. (*desnudando la espada.*) Muerte á los Canneschi y viva Bentiboglio.

FIN DEL ACTO TERCERO.

# ACTO CUARTO.

La decoracion del acto segundo.

ESCENA I.

LUCRECIA, ROBERTO.

ROB. A dònde quereis ir, señora?

LUC. A la villa, à ver si puedo adquirir algunas noticias. Ya son las seis de la mañana y deben estar abiertas las puertas.

ROB. Pero á lo menos permitidme que os acompañe.

ESCENA II.

*Los mismos*, JACOBO.

LUC. Y mis hijos? Los ha sucedido alguna desgracia?

JACO. Ninguna, tranquilizaos; dentro de poco estarán aqui. Mientras tanto vengo para hablaros de ellos.

ROB Me retiro, señora.

ESCENA III.

*Los mismos, menos* ROBERTO.

JACO. (*dándola una carta.*) Señora, os suplico que os digneis pasar la vista sobre estas cortas lineas.

LUC. (*leyendo.*) Mi querida Lucrecia, podeis tener confianza en el capitan Fuerte-Espada, y hablarle francamente y sin ninguna clase de recelo, como lo hariais conmigo mismo.—Firmada. Francisco, conde de Poppi.

JACO. Esta noche ha habido en Bolonia une revolucion: me engaño; ha habido dos. Monseñor Annibal Bentiboglio ha muerto.

LUC. Muerto! Asesinado tal vez...

JACO. Si, señora; asesinado por los Canneschi.

LUC. Dios mio! El asesinato parece ser el destino de esa ilustre y desgraciada familia.

JACO. El pueblo que le amaba, le ha vengado; se ha arrojado sobre los Canneschi, los ha sorprendido y los ha esterminado. Los ciudadanos de Bolonia en union con los comisarios de las repùblicas, han determinado dar por sucesor del príncipe Annibal Bentiboglio, á un miembro de su familia.

LUC. Còmo?

JACO. Si; yo vengo en su nombre á demandaros el hijo del príncipe Hércules Bentiboglio.

LUC. El hijo del príncipe Hércules...

JACO. Que el mismo príncipe Hércules, ha puesto en vuestras manos, el 7 de febrero de 1424, como lo atestigua vuestra carta y lo prueba la del príncipe que habeis unido á la vuestra. No respondeis, señora?

LUC. Que Dios os colme de beneficios, capitan, por la feliz noticia que me traeis. Soberano, cuan feliz va á ser.

JACO. Quièn?

LUC. Rugiero.

JACO. Ah! Es Rugiero quién es el hijo del príncipe Hércules?

LUC. Si.

JACO. Estais segura, señora?

LUC. Si estoy segura! cómo quereis que me engañe, yo... yo que le he criado; ademas, bien se conoce en lo parecido que es á su padre.

JACO. En efecto, señora: habia creido notar cierta semejanza. Pero eso no es suficiente. Monseñor, el conde de Poppi, dice que tiene otra cosa... un...

LUC. Una señal roja en el brazo izquierdo. A mayor abundamiento, tengo tambien en mi poder cartas de su padre.

JACO. Muy bien. Y vuestro hijo Micael, no tiene otra semejante?

LUC. No; el de Rugiero es un signo natural.

JACO. Pero, señora, por qué haberle hecho llevar el nombre de Rugiero Landy, y no el de Guiobani Bentiboglio si es efectivamente el suyo.

LUC. El padre tenia enemigos de quienes era necesario guardar al hijo: el padre ha sido asesinado y el hijo lo hubiera sido tambien. Estais ya satisfecho?

JACO. Si señora.

LUC. Entonces, permitid que vaya á llevar la nueva de esta gran fortuna...

JACO. (*asiéndola por un brazo.*) Un instante, señora... Ahora que vos me habeis descubierto todo lo que queria saber; yo tambien tengo á mi vez alguna cosa que recordaros.

LUC. Qué quereis decir?

JACO. Quiero decir, que vos no os llamais Lucrecia Landy.

LUC. (*con inquietud.*) Que yo no me llamo Lucrecia Landy?

JACO. No, señora. Vos os llamais Elena de Cascese. Vos sois la muger de un cierto Antonio de Cascese, muerto hace veinte años.

LUC. Quién ha podido deciros...

JACO. No me lo ha dicho nadie .. lo sabia yo; y si esto os asombra, miradme bien, cara á cara. No me reconoceis?

LUC. (*con terror.*) No, no.

JACO. Voy à ayudar un poco vuestro memoria: asi como no es vuestro nombre Lucrecia Landy, tampoco me llamo yo Jacobo Fuerte-Espada.

LUC. Entonces, quién sois?

JACO. Antonio de Cascese, vuestro marido.

LUC. Dios mio!

JACO. Esto os sorprenderà un poco; lo concibo; los milagros son ya tan raros, y los muertos resucitan tan pocas veces... El tiempo y la vida borrascosa que he atravesado, han enronquecido mi voz, y las heridas recibidas durante las campañas, me han desfigurado bastante; no es verdad?

LUC. Pero si verdaderamente sois el que decis, por qué haberme hecho creer por tanto tiempo que erais muerto?

JACO. Os lo voy à decir. Porque hace tambien mucho tiempo que descubrí que erais la dama del príncipe Hércules.

LUC. Cielos!

JACO. Lo que dificilmente podreis negar, porque conservo en mi poder las pruebas de vuestra falta.

LUC. Y bien; esa falta, espiada por un año de lágrimas y veinte de virtud, no sois vos el que me la hizo cometer?

JACO. Yo?

LUC. Si; vos, que à los dos meses de nuestro matrimonio, corristeis á buscar entre la licencia de los campamentos el goce que necesitaban vuestras criminales pasiones: vos, que sin piedad y sin remordimiento, me abandonásteis, dejándome, pobre y huérfana, viuda y madre, espuesta à todas las necesidades, á todos los peligros de la vida. Ahora, decidme; quién es el mas culpable, el viagero que se pierde en la inmensidad del desierto, ó el guia que le abandona despues de haberse encargado de conducirle?

JACO. En el momento en que supe vuestra falta, adquirí el derecho de mataros; pero eso hubiera sido una venganza vulgar y estèril, por lo que preferí dejaros vivir y fundar sobre vuestra existencia un proyecto tan estraño como terrible. Supe que teniais un hijo, del príncipe vuestro amante, y resolví hacerle el último representante de su raza, matando uno tras otro á todos los Bentiboglios.

LUC. Eso es horrible.

JACO. Empecé, hace 20 años por Hércules, y he concluido ayer por Annibal.

LUC. Dejadme, sois un abominable asesino.

JACO. Esperaos, señora; y escuchadme bien. Los diputados de Bolonia van á venir aqui dentro de algunos momentos, para demandaros el hijo del príncipe... Les presentareis á Micael.

LUC. Vuestro hijo!

JACO. Si; ahora ya veis como he llevado á cabo mi proyecto; el que contiene al mismo tiempo, una venganza y una reparacion. Despues de haber herido en su pasado á la familia que me ha ultrajado, la despojo de su porvenir. Ese trono donde se ha despedazado mi honor, regado por mi con su sangre, va á ser el gérmen de mi grandeza. Los Bentiboglios me han usurpado mi lecho, yo les arrebato su trono... nos hemos pagado.

LUC. Vos no me conoceis; porque de lo contrario, jamàs hubiérais imaginado que yo podia ser vuestro cómplice en tan infame estratagema.

JACO. Micael no es hijo vuestro lo mismo que Rugiero? ¿ Por qué, pues, amais con preferencia al último?

LUC. El cielo es testigo de que mi cariño ha sido igual para con los dos.

JACO. Pues bien: entonces, què os importa decir Micael en lugar de Rugiero?

LUC. Decir la verdad, me importa siempre. Rugiero es el heredero natural de los Bentiboglio, y el que obtendrà la herencia.

JACO. Pues yo os digo que serà Micael, para lo cual os obligaré á conformaros con mi voluntad.

LUC. Abandonad toda esperanza: primero sabré morir que consentir en semejante infamia.

JACO. Pues bien, morireis. Pero una vez que la muerte no os atemoriza lo suficiente, la añadiré otra cosa... la afrenta!

LUC. La afrenta!

JACO. Si; pero la afrenta mas espantosa. En medio de todos los desórdenes, la Italia ha respetado la fé conyugal. El honor de una familia es un altar sagrado, sobre el que nadie ha osado poner las manos. Hay una ley bastante antigua, pero que todavia existe en toda su fuerza, que condena á las adúlteras á la decapitacion pública. El príncipe, en esta clase de delitos, es el que está obligado à dictar la sentencia, y presenciar la ejecucion. Ni un solo Príncipe hay en Italia, que pueda, bajo la pena de perder el trono, faltar á este solemne y terrible deber, que se le ha confiado, como un paladion de las costumbres públicas, Aun podeis recordar que Nicolo III, marques de Ferrara, no hace mucho tiempo, juzgó, condenó, é hizo ejecutar á presencia suya, à Ugo, su propio hijo, habido de un primer enlace, y á Parisina Malatesta, su propia esposa, acusados de adulterio. Rugiero, si sube al trono, tendrá que aceptar todos los deberes y cargos de la soberania: entonces se verá obligado á imitar el terrible ejemplo dado por el marqués de Ferrara; y cuando yo os haya acusado... cuando haya probado que sois una adúltera, el uno de vuestros hijos os castigará por mano del verdugo, por haberle dado un padre ilegítimo, mientras que el otro os despreciará, despues de maldeciros, por haberle dado un hermano bastardo. Y bien, ahora qué me decis?

LUC. El desprecio, la muerte, el deshonor, el infierno... todo lo acepto... Haced de mi lo que querais... pero Rugiero será Príncipe.

JACO. Basta de palabras. Ó designais á Micael como heredero de los Bentiboglio, ó aqui mismo, delante de vos, asesino á Rugiero.

LUC. Asesinar á Rugiero?...

JACO. Como he asesinado à su tio... à su padre... No creais que voy á variar de pensamiento... es una idea arraigada en una voluntad inflexible. Voy á mandaros vuestros dos hijos, que esperan aqui cerca mis órdenes. Preparadlos, el uno á reinar... ó el otro á morir. Os concedo un cuarto de hora. (*se retira.*)

## ESCENA IV.

LUCRECIA, ROBERTO.

LUC. (*llamando.*) Roberto, Roberto.
ROB. Qué me quereis, Señora?
LUC. Crees tú que los obreros de la fábrica están dispuestos á servirme?
ROB. En cuerpo y en alma; todos os respetan y os aman como á una madre.
LUC. Pues bien; es necesario que en este mismo instante abandonen el trabajo y se armen lo mejor posible.
ROB. Y despues, señora?
LUC. Venid aqui, à colocaros al rededor de Rugiero. Corre... no hay un instante que perder.

## ESCENA V.

LUCRECIA, *sola.*

Si es necesario batirse, se batirán. Ah! no sabe el capitan que la debilidad de la muger encubre el valor de la madre... pero aqui llegan! Momento supremo y terrible!

## ESCENA VI.

LUCRECIA, RUGIERO, MICAEL.

LUC. Venid, hijos mios, venid, y escuchad; si por casualidad, ante un gran peligro...
RUG. Qué decis, madre mia?
LUC. Déjame acabar. Es nada mas que una suposicion... Si en presencia de la muerte, de una muerte terrible é ignominiosa, aceptada por salvaros, hijos mios, os demandase yo, por recompensa de mi sacrificio, un pequeño favor, decidme, me le negariais?
RUG. Por qué esas palabras tan siniestras, madre mia? No sabeis lo que me haceis padecer... Hablad... pedidme mi vida... pero no me hagais temer por la vuestra.
LUC. Y tú, Micael?
MICA. Yo, espero vuestras órdenes. Qué deseais?
LUC. Tengo que revelaros un gran secreto,
MICA. Un secreto?
LUC. Si. Pero ante todo, es necesario que me prometais y que os jureis permanecer siempre unidos, sea cualquiera el destino que os reserva el porvenir.
RUG. A qué estas promesas y estos juramentos? ¿no somos hermanos?
LUC. Y tú, Micael?...
MICA. Si vos lo exigis, juraré ser siempre para Rugiero, el mismo que he sido hasta aqui.
LUC. Como debo interpretar tus palabras?
RUG. Ellas no pueden significar mas que una cosa, madre mia; que Micael será siempre para mi, lo que yo seré siempre para èl... el mas sincero y el mas noble de los amigos. No es verdad, hermano mio?
MICA. Ese secreto, madre mia, ese secreto?
LUC. Uno de vosotros va á ser proclamado Príncipe de Bolonia.
MICA. Príncipe de Bolonia!
LUC. Porque uno de vosotros es hijo de Monseñor Hércules Bentiboglio.
MICA. Cuál?
RUG. Ah! ese no soy yo; madre mia, no es verdad?
LUC. Por qué dices eso?
RUG. Porque el hijo del príncipe Bentiboglio, no puede ser el vuestro.
LUC. (*con abatimiento.*) No... no.
RUG. Pues bien; yo no quiero perder á mi madre. No nos digais nada; guardad vuestros dos hijos y dejadnos á nuestra madre. No es esta tu opinion, Micael?
MICA. Yo aplaudo tu piedad filial, pero no puedo participar de tu opinion; es necesario que cada uno siga su camino y llegue al término de su destino; séame la suerte propicia ò adversa, estoy igualmente dispuesto á aceptar sus favores ó á superar sus obstáculos. ¿Si mi valor se halla á la altura de todos los peligros, por qué mi ambicion no ha de estar al nivel de todas las grandezas? Soldado ó Príncipe, llevaré el cetro tan valerosamente como la espada. Asi, nada de dudas, y cada uno de nosotros sepa lo que le reserva su destino.
LUC. Lo que desea tu hermano no lo deseas tú tambien, Rugiero?
RUG. No, madre mia.
LUC. De ese modo, tú verias sin envidia á tu hermano subir á ese rango supremo, sin dirigir una mirada de ambicion hácia ese brillante porvenir, del que permanecerias alejado para siempre?
RUG. Mi corazon no desea mas que el reposo. Huir de Bolonia para siempre, es lo único que deseo, madre mia.
LUC. Ayer soñabas con las riquezas y el poder. Ayer eras ambicioso tambien.
RUG. Ayer... era un insensato; ayer buscaba el amor lejos de vos; ayer abandonaba la felicidad, por correr detras de un fantasma engañador; pero hoy, vuelvo á vuestro lado castigado de mi locura, desengañado de mi error, arrepentido y desolado, no amando sino á vos, y no creyendo ni esperando mas que en vos. Ah! no me falteis, ó todo me faltaria con vos. Si es necesario que elijais entre nosotros... si es necesario que separeis nuestros destinos fraternales... dad á cada uno lo que desee, lo que pida... á Micael la grandeza, à mi vuestra ternura. Toma tú el trono y déjame à mi madre.
MICA. Nada de convenio entre nosotros dos. Nada de favor, ni para uno ni para otro, à cada uno su derecho y nada mas.
RUG. Pues que Micael lo desea, hablad madre mia.
LUC. Escuchad. El hijo del Príncipe...

## ESCENA VII.

*Los mismos*, JACOBO.

JAC. (*bajo á Lucrecia.*) Qué habeis decidido?
LUC. (*id.*) Os obedeceré; pero juradme que no atentareis á la vida de Rugiero.
JACO. (*id.*) Respetaré los dias de vuestro hijo, mientras vos guardais el secreto del mio.
LUC. (*id.*) Creo en vuestra palabra, porque tengo en mi mano el medio para castigaros, si faltaseis á ella.
JACO. (*id.*) Nos hemos comprendido perfectamen-

te. He aqui la diputacion.

## ESCENA VIII.

*Los mismos*, EL CONDE, CAROLINA, *Diputados, Condotieros.*

DIPUTADO. Señora: sabemos que uno de los dos jóvenes que habeis criado como vuestro hijo, y que pasa por tal, no lo es verdaderamente; sino que es hijo del Principe Hércules Bentiboglio.

MICA. (*ap.*) Por último vá á hablar.

RUG. (*id.*) Estoy temblando.

CAR. (*id.*) Cual de los dos será?

DIPUTADO. Quereis decirnos cuál es vuestro hijo, y cuál el del Principe Bentiboglio?

JACO. (*bajo á Lucrecia.*) Cuidado con lo que respondeis.

LUC. (*despues de un momento y señalando á Micael.*) He aqui el hijo del Principe.

MICA. Yo?

CAR. El!

JACO. (*bajo á Lucrecia.*) Perfectamente.

LUC. (*señalando á Rugiero.*) Y he aqui el mio.

RUG. (*arrojándose en sus brazos.*) Gracias, madre mia.

DIPUTADO. Jurais, por lo mas sagrado de la tierra, que es la verdad cuanto acabais de decir?

LUC. Juro que Rugiero es mi hijo verdadero.

MICA. Ya soy Principe!

RUG. Yo he conservado una madre, Micael, mientras que tú no has ganado mas que una corona; yo soy el mas favorecido. Felicitame por mi felicidad, como yo te felicito por tu fortuna.

MICA. (*ap.*) Príncipe! (*á Rugiero*) Nosotros ya no somos hermanos.

LUC. (*mirando á Rugiero y ap.*) Cuan noble es su corazon! Pobre Bolonia. Por qué no he podido decir la verdad? (*bajo á Rugiero.*) Voy á hacer los preparativos para nuestra marcha.

RUG. Si, madre mia; es necesario que partamos pronto.

## ESCENA IX.

*Los mismos, menos Lucrecia.*

DIPUTADO. Monseñor, la villa de Bolonia, de su propia voluntad, os nombra su Principe soberano, poniendo en vuestras manos todos los derechos y todas las prerogativas del poder. Jurais velar por la salud del Estado, el cumplimiento de la leyes y la estabilidad de nuestros privilegios?

MICA. Si juro.

DIPUTADO. Ahora, nosotros, representantes de la nobleza y de las corporaciones, os juramos obediencia y fidelidad.

JACO. (*bajo á Micael y señalando al Conde.*) Monseñor es el Conde de Poppi, á quien debeis vuestra subida al trono: por lo que le he prometido que vos, para recompensar sus servicios, os desposareis con su hija.

MICA. Con Carolina?

CON. Si, monseñor.

MICA. Cumpliré la palabra que os ha dado el comandante de mis guardias.

JACO. Gracias, monseñor.

CON. Carolina, dad la mano al principe, vuestro futuro esposo.

CAR. Antes, padre mio, quiero decir dos palabras á Rugiero... á él solo. (*el Conde hace un signo afirmativo y se retira á un lado con Micael y Jacobo.*) Rugiero, he jurado delante de Dios ser vuestra esposa; hasta que vos no me hayais relevado de mi juramento morirè primero que faltar á él.

RUG. Vos sois libre.

CAR. Rugiero, estoy inocente.

RUG. Quièn estaba en vuestra cámara?

CAR. No os lo puedo decir.

RUG. Entonces, adios para siempre. Sed esposa del principe.

CAR. Padre mio, estoy pronta á obedeceros.

MICA. (*tendiéndola la mano.*) Gracias.

CAR. (*bajo, dándole la suya,*) Os hago dueño de mi mano, pero no de mi corazon.

RUG. (*bajo á Micael.*) Micael, sabes que tu prometida ha entregado su corazon á otro?

MICA. (*id.*) Rugiero, guardad vuestros consejos para quien os los pida, y no repitais jamás á nadie, lo que habeis osado decirme.

## ESCENA X.

RUGIERO, *despues* MARGARITA.

RUG. Dios mio! Es un sueño lo que acabo de ver?

MAR. (*dentro.*) Micael, Micael?

RUG. De quién es esa voz?

MAR. (*dentro.*) Dónde estás, Micael, ven á socorrerme.

RUG. Una muger que pide socorro. (*corre á la puerta de la derecha.*) Está cerrada la puerta. (*salta la cerradura con su puñal.*) Margarita!

MAR. (*saliendo.*) Rugiero! Dónde estoy?

RUG. En casa de mi madre.

MAR. Y Micael?

RUG. En Bolonia.

MAR. Por qué me ha dejado aqui?

RUG. Es él quien os ha traido?

MAR. Si.

RUG. Para què?

MAR. Lo ignoro. Es necesario que yo le vea al momento.

RUG. Por ahora es imposible.

MAR. Por què?

RUG. En el espacio de una hora han pasado unas cosas tan estraordinarias... Micael es Principe...

MAR. Principe!

RUG. Y gobernador de Bolonia. En este momento marcha á palacio rodeado de toda su corte y ocupándose de su matrimonio.

MAR. (*palideciendo.*) De su matrimonio! Micael va á casarse?

RUG. (*con amargura.*) Si.

MAR. Casarse! Entonces, estoy perdida.

RUG. Perdida?

MAR. Habia jurado casarse conmigo... Micael no puede abandonarme. Con quièn decis que se va á casar?

RUG. Con Carolina de Poppi.

MAR. Con mi señora!

RUG. Si.

MAR. (*buscando su limosnera.*) La llave, en dónde

está la llave?
RUG. Qué llave?
MAR. La llave del balcon.
RUG. La llave del balcon!
MAR. Ya no la tengo. ¡Ah! ahora lo comprendo todo; para esto ha sido para lo que me ha conducido aqui; para esto me ha narcotizado.. Amaba á mi señora, queria desposarse con ella, y durante la noche habrá penetrado en su cámara.
RUG. Era él, era él.
MAR. Qué decis?
RUG. Que los dos hemos sido engañados de una manera infame.
MAR. Micael os ha ultrajado tambien?
RUG. Si; me ha ultrajado. Yo amaba á Carolina, y por su causa he sospechado, he acusado, he insultado á ese noble ángel de bondad. Ah! ahora concibo su resistencia, su terror y sus lágrimas. Ah! miserable Micael: afortunadamente ya no es mi hermano.
MAR. Os atrevereis á tomar venganza?
RUG. Si; Micael pagará al mismo tiempo vuestra vergüenza y mi desgracia.
MAR. Venid, pues, y asociemos nuestras venganzas.
RUG. A Bolonia.
MAR. A Bolonia.

FIN DEL ACTO CUARTO.

# ACTO QUINTO.

La decoracion del acto tercero.

## ESCENA PRIMERA.

(CONDE, CAROLINA, *en trage de boda.* (*El Conde está dando la mano á Carolina, mientras que fuera se escucha una serenata. Varios domésticos rodean al conde.*)

CON. (*repartiendo monedas á los domésticos.*) Quiero que todo el mundo disfrute de mi felicidad; he aqui cien sequines de oro para vosotros y veinte para los músicos. (*los domésticos se retiran.*) Vamos, Carolina, hija mia, desecha esa tristeza, hoy que la fortuna nos sonrie; hoy que eres ya princesa y que tal vez yo, gracias al poder de mi yerno, recobraré el rango de mis antepasados.
CAR. Padre mio, á pesar de las razones que tenia para aborrecer y despreciar á ese hombre, vos habeis querido desposarme con él; os he obedecido... nada mas me pidais.
CON. Lo que acabas de hacer, era una cosa indispensable para tu honor, y para el interés de nuestro porvenir. Ayer te viste comprometida y hoy te miras desposada... y, ademas de eso, el ultraje hecho por un artesano, es reparado por un Principe. Hoy, que tienes riquezas, poder, qué mas quieres obtener?
CAR. La felicidad.
CON. Esas no son mas que locuras de una imaginacion joven, que se desvanecerán bien pronto, á la vista del trono. Tu esposo vendrá á buscarte dentro de una hora, para conducirte á Palacio. Voy á prepararlo todo, para recibirle dignamente.

## ESCENA II.

CAROLINA, *sola.*

Falsa alegria, que contrasta con mi dolor! Oh Rugiero! Tú solo puedes darme valor para sostenerme en esta lucha... pero me has abandonado... y es fuerza que sucumba á mi destino! Pero jamas abandonaré tu recuerdo; te seré fiel, á pesar tuyo; y ya que no haya podido vivir para ti, al menos moriré digna de ti. Tal vez mi muerte te hará conocer mi inocencia, y acaso, algun dia, vendrás á regar con tus lágrimas la tumba donde me habrán arrojado tu desconfianza y tu abandono.

## ESCENA III.

CAROLINA, RUGIERO.

RUG. (*vivamente*) Carolina!
CAR. Vos aqui!
RUG. (*arrojándose á sus pies.*) Si, yo que vengo á vuestras plantas, para demandar un perdon que no merezco; pero...
CAR. (*ap.*) Demandarme perdon! ¡Ah! Sin duda me cree inocente ahora!
RUG. Lo sé todo: perdonadme, Carolina: yo no podia adivinar ni su traicion, ni vuestra generosidad. Oh! perdonadme mi debilidad y mi locura; si os he insultado, ha sido porque os amaba tanto... tanto como os amo aun.
CAR. Callad... Callad...
RUG. Ah! perdonadme, decidme que me perdonais.
CAR. Como Carolina no habia de perdonar á Rugiero.
RUG. Oh! Gracias; mil veces gracias. Me volveis la vida... la felicidad...
CAR. La felicidad!
RUG. Si; mis creencias de hoy son iguales á las de ayer. Da tanta esperanza el amor!
CAR. Ah! para nosotros ha muerto toda esperanza!
RUG. No me amais?
CAR. Cuando ayer os decia qne si, tal vez era una falta: pero hoy seria un crimen.
RUG. Cómo
CAR. Estoy casada.
RUG. Casada?
CAR. Mi padre no me ha concedido ni aun una hora; al llegar á Bolonia se me ha hecho entrar en la iglesia... El sacerdote nos esperaba y los testigos nos acompañaban.
RUG. Y vos habeis pronunciado el sí?
CAR. Era necesario! Y por qué debia yo dudar? No acababais de romper todos los lazos que nos ligaban al uno con el otro..? No me digisteis á Dios para siempre.
RUG. Cuan desgraciado soy... ¡Casada!
CAR. Si; esa palabra funesta me recuerda que no tengo ni aun el derecho de escucharos. Es necesario separarnos, Rugiero: podria encontraros...
RUG. Quién?
CAR. Mi esposo.
RUG. Va á venir aqui?

Car. De un momento à otro... Silencio... aqui llega... à Dios para siempre, Rugiero. (*se retira precipitadamente por la derecha.*)

## ESCENA IV.

Rugiero, Micael.

Mica. Qué haceis aqui, Rugiero?
Rug. Te esperaba.
Mica. Qué me quieres?
Rug. Qué quiero? Tu vida.
Mica. Vamos, sin duda estás en un momento de locura. (*se dirige hácia la cámara de Carolina.*)
Rug. (*cortándole el paso.*) Atrás!
Mica. Olvidas quién soy? Recuerda que no eres mi igual, sino mi vasallo. Ya no soy tu hermano, sino tu señor.
Rug. Deja esas baladronadas, Príncipe de media hora. Aqui no hay mas que dos hombres, de los cuales el uno necesita la vida del otro. Escucha; has cometido una accion, tan infamemente odiosa, que ningun otro hubiera podido imaginàrsela. Has querido arrebatar à tu hermano, porque ayer aun era yo tu hermano, lo que hay de mas caro en este mundo; afrentarle en lo que hay de mas sagrado. Sabiendo que yo amaba á Carolina, has querido deshonrarla. Cuando lo supe, cogí mi espada, emprendi el camino de Bolonia, con intencion de matarte; pero durante mi marcha, me acordé de los dulces juegos de nuestra infancia, del cariño que te habia tenido, de mi madre que nos habia amado igualmente... y te perdoné ese crimen, que no habias vacilado en cometer; pero, ahora, eres el esposo de Carolina y es necesario que te mate; tu muerte no es ya una venganza, es una necesidad. Desnuda tu acero, y veamos si tienes tanto valor para lidiar con un hombre como para ultrajar á una muger.
Mica. No quiero dejarte creer que he tenido miedo delante de ti. Aun cuando fuese el mas cobarde de los hombres, el aborrecimiento que te tengo, me daria el suficiente valor; sí, te he despojado de tu prometida, y te hubiera arrebatado tambien el trono, si te hubiera pertenecido... y ahora te doy las gracias por venir tú mismo á ofrecer tu vida á la punta de mi espada. (*tiran de las espadas y riñen.*)

## ESCENA V.

*Los mismos*, Lucrecia.

Luc. (*arrojándose en medio de ellos.*) Deteneos.
Rug. Dejadnos, madre mia.
Mica. Atrás, señora.
Luc. Que os deje asesinar?!!
Mica. Es por vuestro hijo, señora, por quien os lo aconsejo. No lograreis arrancarle de mi cólera, mas que para precipitarle en manos de mi justicia. Si yo no puedo herir á mi enemigo, será el verdugo quien me desembarazará de un vasallo rebelde. Tened pues, piedad de él, y dejadle morir ahora, si le amais: mi espada le librará del cadalso.
Luc. No hables de justicia y de verdugo, Micael. Dios no deja prosperar por largo tiempo à los criminales... y ahora solamente tú eres el rebelde.
Mica. Yo?
Luc. Si. He aqui el Principe (*señalando á Rugiero.*)
Mica. Rugiero!
Luc. Si. Ayer me he visto obligada á presentar al hijo de un condotiero, en lugar de el del Principe. Rugiero es el hijo de Bentiboglio... y tú el de Fuerte-Espada. Ahora que cada uno recobre su nombre y su lugar. Micael, la mentira te ha levantado... y la verdad te ha abatido. Ya que no respetes otra cosa, al menos cede à la fuerza; resignate a un destino inevitable, y demanda perdon à aquel à quien tanto has ultrajado.
Mic. Mi perdon... jamàs. La última gracia que le pido, es que olvide por un instante su dignidad, como yo olvidé la mia, para cruzar nuestras espadas.
Rug. Oh! si, si. Dejadnos, madre mia.
Luc Rugiero, ya te he dicho que he venido à impedir este combate.
Rug. Madre, yo puedo perdonarle à este hombre todo, escepto una sola cosa. Principe ó soldado, es el esposo de Carolina, y Carolina es mi amada.
Luc. Rugiero, qué es lo que intentas?
Rug. No me comprendeis?.. No adivinais que para obtener la mano de Carolina, necesito primero que Micael muera.
Luc. Pues bien; si quereis batiros, tendreis que hacerlo sobre el cadàver de vuestra madre.
Mica. De la suya.
Luc. De la de los dos.
Rug. Cómo!
Luc. Si. Puesto que es necesario descubriroslo todo.. sabedlo; soy vuestra madre... aborrecedme... despreciadme, si quereis; pero vuestro combate no se verificarà. Dos hermanos no pueden asesinarse mùtuamente.
Rug. Perdonadme, madre mia, el haberos violentado hasta el punto de que nos hayais descubierto vuestra falta. Para espiar esta imprudencia que he cometido, decidme, qué podré hacer?
Luc. Salvar à tu hermano. Margarita acaba de morir.
Mica. Cielos! (*abatido.*)
Luc. La ha asesinado su padre, el que, acompañado de todos sus amigos, busca à Micael para hacerle sufrir igual suerte, por haber deshonrado à su hija. Es necesario hacerle salir de este Palacio, que està cercado... y aun de la misma Bolonia, donde ya no puede estar seguro.
Mica. Mi soberanía perdida! Rugiero Principe, Margarita muerta... y yo, tal vez próximo á mi sepulcro tambien. Todo se conjura hoy contra mi.
Luc. Rugiero, por el cariño que te he mostrado, sàlvale.
Rug Y Carolina, madre mia? Consentiré que sea esposa de Micael?
Luc. Rugiero, acuérdate que es tu hermano.
Rug. Sigueme.
Mica. En otra ocasion, preferiria mi muerte à recibir la vida de tus manos, pero hoy, que mi muerte seria tu felicidad, acepto tu proteccion, porque el aborrecimiento que te profeso me acompañarà hasta los bordes de mi tumba. (*Rugiero lleva la mano à la empuñadura de su espa*

*da, pero al oir la voz de su madre, la retira otra vez volviendo á recobrar su severidad aparente.)*

LUC. Rugiero!...

RUG. Tranquilizaos. Si es necesario, le serviré de escudo.

## ESCENA VI.

LUCRECIA, *despues* JACOBO,

LUC. Dios mio! perdónale como yo le perdono, y sálvale la vida.

JAC. (*entrando.*) Tampoco está aqui.

LUC. A quién buscais?

JAC. A Rugiero.

LUC. Para matarle, no es verdad? Pero habeis llegado tarde. Rugiero acaba de salir.

JAC. (*yendo hácia la puerta por donde han salido los dos hermanos.*) Yo le alcanzaré.

LUC. No; vos permanecereis aqui. (*cierra las puertas por donde han salido Rugiero y Micael y la que ha dado entrada á Jacobo, y arroja las llaves por la ventana.*) Ahora, sois mi prisionero. Esto os asombra, no es cierto? Os habiais figurado que os dejaria asesinar á mi hijo, sin defenderle... Pero ya es tiempo de desengañaros... Hace una hora que lo he revelado todo: el nacimiento de Rugiero, mi falta y vuestros crimenes... Nuestros destinos están ya fijados: para Rugiero, la gloria; para mi, la espiacion: y para vos, el opróbio. Cada uno de nosotros irá donde la justicia de Dios y de los hombres le llama: Rugiero al trono, yo á un convento y vos al cadalso.

JACO. No os hagais ilusiones nada se ha perdido aun para mi, ni se ha ganado tampoco para vos. Mi hijo, es el esposo de la condesa Carolina, y su padre le volverá á colocar otra vez en el trono, en cuanto Rugiero haya muerto.

LUC. Pero Rugiero no puede morir ahora.

JACO. Por qué no? Creeis que yo no dispongo de mas espada que la mia? Ya sabeis que soy hombre que siempre lo preveo todo. Conociendo que cualquier accidente podria impedirme el encontrar á Rugiero, he apostado todos mis condotieros en las avenidas del palacio, para que le asesinen cuando salga.

LUC. Dios mio!

JACO. Os prometi que viviria si callábais... pero os habeis empeñado en hablar... y...

LUC. Pero, no, no, vuestros condotieros no le conocen y tal vez no podrán asesinarle.

JACO. Os he dicho que soy hombre que siempre lo preveo todo. Al entrar en el palacio, les di las señas de Rugiero y del trage que viste.

LUC. Ah! yo correré á salvarle.

JACO. Habeis olvidado ya que vos misma nos habeis encerrado?

LUC. Es verdad.

JACO. Tomad ejemplo de mi, y esperad con calma la venida de los acontecimientos. (*se oye un grito de agonia.*)

RUG. (*dentro.*) Miserables asesinos!

LUC. Ah!

JACO. Habeis reconocido la voz de Rugiero? Al fin triunfan mi ambicion y mi venganza.

## ESCENA VII.

*Los mismos*, CAROLINA.

CARO. De quién es ese grito de agonia que acabo de oir?

LUC. De Rugiero, que muere asesinado.

CARO. Asesinado!

## ESCENA VIII.

*Los mismos*, RUGIERO, ROBERTO, *obreros y soldados precedidos del Conde.*

LUCRECIA *y* CAROLINA. (*viéndole entrar.*) Rugiero!

JACO. Quién ha lanzado ese último grito?

RUG. Micael, que acaba de ser asesinado por vuestros condotieros, que le han tomado por mi, al verle cubierto con mi capa.

CON. Soldados, apoderaos de ese hombre. (*señalando al capitan.*)

JACO. Monseñor, de qué delito se me acusa?

RUG. El tribunal formado para sentenciar al asesino de los principes Bentiboglio, se encargará de hacéroslo saber por medio del verdugo.

FIN DEL DRAMA.

---

Madrid, 1846.

Imprenta de D. Vicente de Lalama,

*Calle del Duque de Alba, núm.* 13.